COMEDIA NUEVA

EN PROSA

LA MALETA.

SU AUTOR

DON ANASTASIO VALDEROSAL

Y MONTEDORO.

EN TRES ACTOS.



CON LICENCIA: EN MADRID:

EN LA IMPRENTA DE DON JOSEF CALASANZ CRUZADO.

Año de 1804.

PERSONAS.

El Marques de Capiani.
Flavia, su muger.
Enrico, hijo de estos.
Don Genaro, capitan de navío, hermano de Flavia.
Milcon, pescador.
Nerina, su hija.
Norban, mayordomo del Marques.
Nicolasa, criada de la Marquesa.
Un lacayo.
Criados.
Soldados y Marineros.

La escena es en el Palacio de Capiani, en los confines de Calábria, frente de Sicilia.

ACTO PRIMERO.

Vista de playa del mar, en cuya lontananza, por el lado derecho, se verán los promontorios de Sicilia. A la izquierda, contigua al mar, la fachada principal del palacio de Capiani, con puertas grandes de dos ojas; cuya fábrica se extenderá hasta lo último de este lado, y en ella se verán seguidos dos miradores, sobstenidos cada uno con columnas, y pequeñas puertas transitables, desde las que se descenderá al Teatro por una escalera de tres ó quatro peldaños, con balaustres dorados. Por la puerta del primero sale Nerina vestida con decencia, el pelo estendido por la espalda, con sola una cinta, que le sugete. Sus extremos al ir descendiendo á la escena, sus miradas por toda ella, parándose á contemplar con admiracion cada uno de los objetos, que se la presentan, y todas sus acciones ántes de hablar, manifestarán la sorpresa y asombro que la causan; en cuya muda representacion empleará un momento, y luego dice.

Nerina. Cielos, dónde estoy?-- Qué tierra piso?-- Qué mar me rodea? Todo lo extraño, y todo me admira! Este vestido tan rico, quién me le daria? Cómo me le habrán puesto sin haberlo yo advertido? Pero-- mi padre- mi querido padre, qué será del?-- Quién me informará-- Si á nadie veo! Estos grandes y lucidos edificios, no han de estar habitados? Precisamente- Veré si-- Mas abren aquella puerta.

Sale Milcon por la puerta del otro mirador con trage decente, haciendo los mismos extremos; los que se interrupen reconociendose uno á otro y corriendo á abrazarse.

Nerina. Qué veo? - Padre mio!--

Milcon. Hija querida!-- Mas dónde estamos?

Nerina. No lo sé; pero por decontado estamos vivos.

Milcon. Y nuestra vida parece un sueño.

Nerina. A mí se me figura un encanto. Ni la barca, nuestros compañeros, los anzuelos, ni las redes, vemos por aquí.

Milcon. Ni la maleta, hija mia, ni la maleta, que es lo peor de todo! Nuestra barca, chocó contra un escollo, y se hizo pedazos. Qué pérdida tan irreparable! Yo, temiendo el trágico fin con que nos amenazaba la tormenta, te tenia enlazada en mis brazos con un cruel desmayo. Se acreditaron mis temores, y habiendo llegado nadando á la playa, quedé igualmente sin conocimiento. No sé mas. Todo lo perdimos! *Llorando.*

Nerina. Qué lastima de maleta! Mi fortuna iba en ella! Pero no hay que afligirse por lo que no tiene remedio. Si todo se lo tragó el mar, tenemos vida, y estamos vestidos tan ricamente. De pescadora miserable me he vuelto una señorita preciosa, y mi padre parece un señoron. Pues cambios como estos, vengan á todas horas, que á todas horas me gustarán.

Milcon. Precisamente padecímos un profundo letargo apénas nos recibió la tierra. Pero, quién nos quitaria nuestros toscos vestidos, y nos pondria estos?

Nerina. Quando lo hiciéron, estaríamos dormidos. Pero, qué sueño tan pesado seria el nuestro, quando no lo advertimos!

Milcon. Qué Palacio será este?

Nerina. Segun lo que mi madre me contaba muchas veces, este Palacio y aquella rica y delicada cama de que acabo de salir, serán de la Maga Morgana. Esta, me decia aquella, guarda las arenas calabresas, y hace naufragar á muchos para hacerlos felices despues. Puede ser que haga con nosotros lo mismo. Oh, si yo llego á verla, la pediré que me dé lo necesario para no volver al maldito exercicio de la pesca.

Milcon. Tu madre, que en paz descanse, te contaba esas cosas para divertir tu niñez. Quien no tiene, como tú, mas conocimiento, que el de nuestra pobre casa, cree esas fábulas. Ya te dicho que el mundo es tan dilatado como hermoso: que contiene muchas cortes, ciudades y palacios magnificos, que habitan hombres poderosos y grandes. Este que tenemos á la vista, será de uno de estos.

Nerina. Sí, ya sabia yo que hay hombres tan grandes, como la entena de nuestra barca.

Milcon. Otra simpleza! Quién te dixo eso?

Nerina. Mi madre entónces; y usted ahora.

Milcon. Yo?-- Cómo?

Nerina. No me habeis dicho, que de un hombre grande será esta casa?

Milcon Yo hablaba de otra grandeza diferente.

Nerina. No, no. Esas mismas paredes acreditan, que el que vive en ella es muy grande. Seis hombres, como usted, padre mio, subido cada uno sobre los hombros del otro, apénas llegarian á su techo. Y en nuestra casa, con solo levantar el brazo, tocaban tus dedos á sus ahumadas bovedillas. Y si todos los hombres fuéran de vuestra estatura poco mas ó ménos, para qué querian unas casas tan altas como estas?

Milcon. Ah, mi querida hija! Tú no conoces estas cosas. Criada en un escollo casi desierto, y siendo esta la primera vez que del has salido, nada sabes del mundo, si yo no te lo explico. En el estado humilde que nos dió la naturaleza, tu bella inocencia vivió bien segura, y yo tranquilo y contento. No todos piensan así. El hombre conoce su pequeñez, y quiere le respeten grande por esos grandes edificios, labrados á honor de su vanidad. No contento con lo suyo, avariento de lo de otros, un mundo, que es de todos, quisiera para sí solo -- Miserables é ignorantes!--- De qué sirve tanto explendor, si todo es viento y humo? Hija mia, tu inocencia y virtud te hacen mucho mayor que á esos hombres su ambicion y vanidad. Ojala, que no viéramos la que nos presenta ese sobervio Palacio, pues seria señal de que yo no habria pensado en mudar de pais, para mejor guardarte!---- Perezca al rigor de las olas el pescador malvado, que me dió tal consejo! Ondas voraces y avarientas, volvedme al ménos el pequeño dote, que á mi hija guardaba! Si esto me falta y no puedo volver á mi escollo, me acabará el sentimiento!

Nerina. Pero por qué os desconsolais así? Quien nos dió las vidas, estos vestidos, y aquellas camas tan regaladas, quizá que tambien nos de

lo que necesitamos. Si, como me teneis dicho, es la inocencia un bien, que no le hay mayor, me parece que todo lo debemos esperar de ella.

Milcon. De la inocencia es seguro. Pero el que nos dió las vidas y estos vestidos, aunque nos parezca piadoso por tán buenas obras, no sabemos quáles serán sus intenciones. Mira, hija mia, el coral es tierno mientras le cubre el agua; mas sacado de ella, de yerva se convierte en piedra. Muchas veces se dán en el mundo varias cosas, que parecen nacidas de la clemencia, y solo las anima la malicia.

Nerina. Qué almas tan desconocidas de la humanidad!

Milcon. La edad y las experiencias de las costumbres, me hacen conocer, que estarias mas segura en nuestro pobre alvergue, que en medio de las mayores opulencias.

Nerina. Sea lo que querais. Pero parece que abren la puerta por donde salí.

Suena ruido en el mirador por cuya puerta salió Nerina. Milcon llega á ésta apresurado y la dice:

Baxa los ojos, y cierra el oido. Nada veas ni oigas de quanto ofrece el mundo, si quieres conservar tu inocencia. Retírate á aquel lado.

Nerina se retira un poco al lado derecho, y toma un ayre humilde é inocente. Sale Nicolasa por la puerta que lo hizo aquella; la que durante esta escena, echará algunas miradas furtivas, y advertidas por Milcon, la pone en sujecion con las suyas.

Nicolasa. Oh, quanto me alegro de veros sanos y en pie!

Milcon. Señora, os damos muchas gracias.

Nicolasa. Vuestro accidente fué mortal. En dos horas que duró á nuestra vista, disteis pocas señales de vivientes!-- Qué lástima me causasteis!-- Pero incomparable á mi amo el Señorito, particularmente por esta hermosa niña; á la que compadeció con tanta terneza, que parecia nacida de un amor de largo tiempo.

Milcon ap. El Señorito--- La compadeció con amor!--- Mi desgracia es cierta, sino aparto á Nerina de estas playas!

Nicolasa Es un bello jóven---- Con qué cuidado y eficacia procuró la existencia de esta niña!

Nerina ap. Me gusta oir esto. Quando conoceré á este buen Señorito!

Nicolasa. Seria este el jóven mas instruido, si le diéran otra educacion.

Nerina Puede que aprovechára mas, si yo se la diera. *ap.*

Nicolasa. Mi señora la Marquesa su madre, no le quiere; y el Marques de nada cuida. Mi Señorito y el mayordomo, iban esta madrugada á caza, y os encontráron en la playa medio cadáveres. Aquel, ayudó á poneros, buen anciano, sobre los hombros de éste, y tomando en sus brazos, como carga mas delicada, á esta jovencita, os condugéron á este su palacio.

Nerina. ap. Me condujo en sus brazos!--- Qué reflexîones haria teniéndome en ellos? No, no serian muy agradables, pues era poco ménos que un cádaver lo que veia.

Nicolasa. Hizo levantar á muchos criados, llamáron dos Médicos: y estos recetando, y á quellos sirviendo, se procuró con eficacia restituiros la vida. Yo acudí la primera:

la quité sus mojados vestidos, y la puse esos. El Mayordomo hizo contigo lo propio, y os pusimos en estancias y lechos diferentes. Los remedios fuéron executivos y tan prodigiosos, que al fin el Señorito respiró con tranquilidad viendo que su caza (*mirando á Nerina*) dió muestras de vivir, y que seguidamente la sobrevino un sueño dulce. A tí sucedió lo mismo, y ya estais libres de tan imminente riesgo.

Milcon ap. Gran habladora es esta muger! Decidme, quiénes son estos señores Marqueses?

Nicolasa. De Capiani; cuyo título se les dió el nombre de esta tierra y palacio. Con que para enterar á mi Señora que aun no se ha levantado y al Señorito, que pronto vendrá á veros, decidme, quién soys?

Milcon. Un pescador.

Nicolasa. Cómo os llamais?

Milcon. Milcon.

Nicolasa. Y tú, preciosa?

Milcon. Nerina.

Nicolasa. Es muda?

Milcon. No.

Nicolasa. Pues lo parece.

Milcon. Mas vale parecer muda, que ser habladora

Nicolasa. Gracias padre Adan, gracias. De dónde sois?

Milcon. Del escollo Licós.

Nicolasa. Dónde está?

Milcon. En el golfo de Salermo.

Nicolasa. Dónde ibais?

Milcon. A los escollos Sicilianos.

Nicolasa. A qué?

Milcon A habitar en ellos.

Nicolasa. Y cómo naufragasteis?

Milcon Ayer al ponerse el sol, creció el viento, se ensoberveció el mar, y las olas asustáron con sus bramidos las vecinas playas. Nuestra pescadora barca cargada de los dos, de otros quatro compañeros y de los instrumentos para la pesca, fué juguete de las aguas y de los vientos. Cinco veces nos vimos en punto de tomar tierra, y otras tantas nos volviéron las olas al furioso mar. Al fin, despues de muchos embates, se abrió la barca, y todo se perdió. Abracé á mi Nerina, que estaba desmayada, y nadando y luchando con las ondas, llegué á la playa, y perdí tambien los sentidos.

Nicolasa. Los que recobrasteis del modo que he expresado. Y por qué mudabais de país, Milcon?

Milcon. Por que me convenia.

Nicolasa. Qué edad tiene Nerina?

Milcon. Quince años.

Nicolasa. Y tú, quántos?

Milcon. Responderme primero: No temes que te se lastime la campanilla ó galillo con tanto como hablas?

Nicolasa. No por cierto. La tengo echa á prueba de bomba. Mas estraño es, que tú puedas moverte, siendo tan viejo.

Milcon. Aun no sabes los años que tengo.

Nicolasa. Pero infiero que pasan de noventa.

Milcon. Sea así, mas pesada es tu lengua que mi edad.

Nicolasa. Pues aun tengo que informarte de lo mejor. Mi Señora la Marquesa, es poco sociable; pero muy humana. El Marques mas. Jamás está ella contenta con él, aunque le quiere, y jamás él se enfada con ella. Siempre está alegre; y si ella se enfuréce, él se rie. Lleno de oro y de riquezas, todo lo cree lícito, y quiere entender de todo. Tambien hace fiestas á las muchachas bonitas; pero sin mala intencion. Esta, que es tan bella, aseguro por mi nombre, que es Ni-

colasa, que aquí hará fortuna.

Nerina (con eficacia dando pasos hacia Nicolasa.) Con el señorito?

Milcon la echa una mirada terrible: vuelve á su sitio y recobra la circunspeccion que tenia.

Nicolasa (muy alegre.) Ah, qué raro descubrimiento! aunsin haberle visto tiene mi Señorito la gracia de hacer hablar á los mudos. Sí, Nerina; serás felíz con el Señorito, si sabes captar su benevolencia. Poco necesita para ello la que tiene tu hermosura.

Milcon, (*con enfado.*) Calla.

Nicolasa. Pues qué, se ofenderá por que la llamo hermosa? Pues esta es una voz, que á todas hechiza.

Milcon. Ella no sabe de eso.

Nicolasa. Dentro de poco se lo hará entender mi Señorito.

Nerina. ap. Bien sé, que lo bello á todos gusta; y tambien sé que no soy féa.

Milcon. Tales expresiones, no las entienden las inocentes como mi Nerina.

Nicolasa. Inocente? Bravo. Una muchacha que sabe atarse los guardapieses, ya no es inocente. Si á mí me lo llamáras, la boca te rompiera. Inocente, segun hoy se piensa, quiere decir lela, tonta, insensata, estúpida, y qué sé yo que más. Quien no conoce el bien ni el mal, para nada sirve. Ni sabrá huir de éste, ni amar á aquel. No, no creo á Nerina de tan buena pasta. (*Se acerca á ella y la mira atentamente*) Son sus ojos muy picatillos y seductores. Ni una chispa de inocencia se halla en ellos.

Milcon, (*llegando á Nerina, y retirándola á su lado*). Basta, habladora, basta. Vamos de aquí, Nerina. Vamos al instante, que esa es capaz de echar á perder en una hora mi trabajo de tres lustros. *Se la lleva de la mano por la derecha.*

Nicolasa. Qué viejo tan fastidioso! Esto me hace reir. Es pescador; pero ignora el modo que hay por acá para pescar los corazones de las hermosas. Con solas dos ó tres veces, que yo hablase con Nerina, apuesto que sabria mas que yo, y eso es que sé bastante. Pobre viejo! A buena parte ha traido tan bella inocencia. A sus pies tiene la red escondida entre las yervas, y no la vé. Presto caerá en ella. El tiene un ayre modesto; y este mismo ayre se le ha hecho aprender perfectamente á la muchacha. Le bautiza con el nombre de inocencia. Y quién sabe si esto será un arte para cazar en la tierra mirlos, ya que en el mar no pueda pescar sino lampreas?

Sale Norban por la Izquierda.

Norban. Óh, mi Nicolasita! Cómo están nuestra jovencita, y su Matusalen?

Nicolasa. Míralos en el Jardin, cercados de criados.

Norban. Voy hablarla al instante por que sino la pesca el Señorito.

Nicolasa (con ironia.) Qué, si es inocente!

Norban. Así caerá mas pronto en el anzuelo.

Nicolasa. El viejo la guarda y nadie quiere la mire.

Norban. Por qué?

Nicolasa. Por que cree se peguen las miradas amorosas á sus inocentes mexillas; que desde allí furtivamente desciendan al corazon, y

causen en él alguna herida.

Norban. Cómo herida? Explicate.

Nicolasa. Herida de las que causa el amor con cada flechazo que dispara.

Norban. Así se la causára yo.

Nicolasa. Nada cuesta probar.

Norban. Pero tú lo sentirias.

Nicolasa. Yo? Quántas veces te he dicho, que me apestas? Esas narices de pico de papagayo, no pueden asustar á un duende? Haz que te las acepillen, y luego nos verémos. *Vase por la izquierda.*

Norban. Ah lengua de vivora! Sí, de vivora; pero que arroja un veneno, que en vez de matar, encanta. Pero voy á saludar á los pescadores. *Vase por la derecha. Por la izquierda, salen el Marques y Flavia.*

Marques. Cómo no vendrá la bella pescadora y su antiguo compañero á presentarse á los padres del que los volvió á la vida, y los hospeda en su palacio?

Flavia (*con ironia.*) Ya vendrán. No temas que se vayan sin ver á su bienhechor tu hijo, y á tí, que tanto deseas tener á tu vista á la jovencita. Seis criados has destacado á buscarlos; y pareciéndote pocos, diste igual comision á tu propio hijo. Qué educacion! Qué padre! Hacer que el hijo sirva de tercero en sus deprabadas costumbres.

Marques. Apénas he salido del lecho, me busca con ansia mi mordaz esposa, para darme los buenos dias llenándome de injurias. Pero yo me rio de su maldito genio.

Flavia. Mejor seria que lloráras la mala crianza que das á tu hijo.

Marques. Pero qué hace Enrico?

Flavia. Lo que vé hacer á su padre.

Marques Pues de esa manera será bueno, por que yo nada hago malo.

Flavia. Basta que lo diga el señor Marques. (*con soflama.*)

Marques (*imitandola.*) Y no puede contradecirlo la señora Marquesa.

Flavia. No puedo contradecirlo? Pues cuidas de tu casa? El mayordomo nocumple con su obligacion: el comprador te roba: el cochero te hurta: los lacayos agarran lo que pueden; y los pages pillan lo que encuentran.

Marques. Es preciso que todos vivan. Dexalos que se ingenien.

Flavia. Qué parece tu hijo entre sus iguales? Solo representa que sus padres fuéron unos villanos.

Marques. Pues de tí ha nacido.

Flavia. De mí?--- De mí?--- Ah!--

Marques. Bravisimo. Viva la Marquesa Flavia! Esta muger delira.

Flavia. De tí aprendo. Me negarás que á los primeros años de haber tenido la desgracia de ser tu esposa-----

Marques. Y esa fué desgracia? Me alegro de oirlo. Yo fui el dichoso, pues contigo logro ser martyr. Prosigue.

Flavia. Parí dos niñas, y me aborreciste por que no fuéron varones. Al tercer preñado, me amenazaste con rigor, sino paria varon.

Marques. Y con efecto pariste á Enrico. Mi amenaza, que fué solo una mera diversion, se imprimió en tu imaginacion tan de veras, que aunque la naturaleza tuviese dispuesto que fuese hembra lo que habias de dar á luz, la vivacidad de tu aprension, la convirtió en macho.

Flavia. Sí, esa es la causa! Si pudiera decirse todo-----

Marques. Habla.

Flavia. No puedo. Harto lo siento. Jamás Enrico conseguirá que yo le quiera. Ójala hubiera seguido el camino de sus hermanas!

Marques. Aunque no fuera mas que por no estar á tu lado, debiera haberse muerto como ellas.

Flavia. Si alguna viviera ocuparia todo mi corazon.

Marques. Y Enrico qué ocupa?

Flavia. Ellas eran mis hijas.

Marques. Y en Enrico, no lo es?

Flavia. Aunque lo sea, no le miro como á tal.

Marques. Loca rematada!---- Pobre Marquesa.

Flavia. Me iré por no desesperarme.

Marques. Á Dios, mi queridísima muger.

Flavia. Á Dios, mi aborrecidísimo marido. *Vase por la izquierda.*

Marques. Gracias al cielo, que me veo libre de ella. Al hijo aborrece, y no quiere al marido. Por otra parte es muy buena. Jamás tuvo cortejos, y su corazon está siempre pronto para socorrer los infelízes. (*Sale Norban.*) Norban, y la pescadora?

Norban. Señor, por el jardin se pasea. Es un angel. Y quánto la quiere el señorito!

Marques. Los Angeles deben ser amados.

Norban. Quiere V. S. venir á donde están?

Marques. Al instante. Sigueme.

Norban. Como ella quiera, la pillo para muger, y me burlo de Nicolasa.

Vanse por la derecha; y por la izquierda salen Milcon y Nerina.

Milcon. No hay remedio, hija mia. Es preciso huir de estas playas apénas se nos presente una ocasion oportuna.

Nerina Pero, por qué esa fuga? Aquí nos han dado las vidas, estos ricos vestidos, aquellas camas tan preciosas, y comida abundante y delicada. Quantos criados nos han hablado, lo han hecho con tanto amor, que estoy embelesada. Alguno ha dicho, que si perdimos una barca, no faltará quien nos compre un navio. Y esto es motivo para ser ingratos?

Milcon. Qué mal conoces el mundo, hija mia! Entre las flores, se oculta el aspid. Hay Lobos que para devorarla, se visten con la piel de la oveja. Tú tienes inocencia, y solo hablas y piensas lo que te hacen hablar y pensar los bellos sentimientos que inspira. Si supieran los incautos pececillos la malicia que tiene para ellos la red, no entrarían en ella aunque fuese de seda y oro. Huye, hija mia, huye de quanto te se presente, pues todo conspirará á seducir tu inocencia.

Nerina. Pues qué, no podré seguir la virtud que me habeis enseñado, por que me agrade lo mejor? usted me ha dicho que el fondo del mar está lleno de fango; pero que en él se encuentran las conchas que encierran las perlas. Si en el mundo hay malos, tambien habrá buenos. Puede que sean de este numero los dueños de este palacio. A lo ménos hasta ahora no dán señal de otra cosa. Y qué importará que á mi vista se presenten los precipicios, si mi pie camina por tierra llana?

Milcon. Si te opones á mi resolucion creeré que no amas á tu padre ni á tu inocencia.

Nerina. Esa expresion penetra mi

alma! (*con sentimiento.*) Proporcionad el cómo, y marchémos al instante. Pero sin haber visto manchado el candor de mi inocencia, no me parece justo digais, que ni á usted, ni á ella amo. Antes se helará el fuego, al hondo del mar irá la paja, y el hilo cortará al pedernal, que yo no ame á mi padre, y quiera lo que no deba.

Milcon. (*con fervor.*) Esas expresiones me consuelan. Mira, hija mia, mientras nos detengamos aquí, has de fingir que eres mi muger.

Nerina. (*con sorpresa.*) Vuestra muger?

Milcon. Sí.

Nerina. Me tendrán por embustera.

Milcon. Ninguno hasta ahora me ha oido decir, que eres mi hija.

Nerina. Pero mentir, no es permitido.

Milcon. Es verdad; mas esta mentira á nadie perjudica.

Nerina. A nadie? A mí la primera.

Milcon. Por qué?

Nerina. Por que dirán todos, qué mal gusto ha tenido esta criatura en casarse con un viejo, que puede ser su abuelo! Y esto me avergonzará.

Milcon. De lo que debes avergonzarte, es de esa vanidad.

Nerina. Bien está; pero tengo una duda.

Milcon. Quál es?

Nerina. Se portán todas las mugeres con sus maridos, como mi madre se portaba con usted?

Milcon. Sí, hija mia. Eso te puede servir de regla para que desde ahora mismo me trates como á marido.

Nerina. Lindamente. Ese modelo me acomoda imitar. Tengo presente que mi madre las mas veces hacia su gusto despreciando el vuestro. Salia de casa á todas horas y hablaba con quien queria. Si sobre esto ú otra qualquiera cosa os alterabais, ella á gritos os confundia. Con que si desde hoy tengo de hacer las funciones de muger, deberé imitar á mi madre, y usted callar á todo.

Milcon. Aunque aparentes que eres mi muger, me debes obedecer como hija.

Nerina. Lo verémos. Pero otra duda. Por qué quereis que se haga este cambio?

Milcon. Por que en el gran mundo son ménos notadas las mugeres casadas, que las doncellas. Si te vieran libre los amos de este palacio, y sus criados, te molestarian con continuos razonamientos amorosos, honestándolos con el fin del matrimonio. A la muger casada no se la trata así; por que sea el que sea su marido, siempre infunde respeto, y muchas veces temor. Así te tendré siempre á mi vista, y nadie te se atreverá. No te apartes de este sitio mientras exâmino si alguna nave se dexa ver. *Vase por la derecha.*

Nerina. Así lo haré, obedeciendo á mi esposo. Qué nombre este tan dulce! Pero para mí, que amargo al presente! El caso es que si alguno para muger me quisiera, cómo me habia de pretender creyendome casada?--- Pero, ha, infelíz de mí! No me acordaba. Aun quando me conociesen por hija, y no por muger de Milcon, cómo habia de encontrar marido, si el mar se tragó la maleta? Mi padre me decia: En esta maleta, hija mia, está la dote que te conservo para que puedas casarte. Lue-

go sin ella, no podré hacerlo. Pobre Nerina! Quién te ha de querer sin dote? Puede que no haya otra muchacha mas infelíz que yo!

Sale Enrico por la izquierda oyendo estas ultimas palabras.

Enrico. Nerina no puede ser infeliz siendo tan hermosa, y viviendo yo.

Nerina. (*sorprendida.*) Ay Dios!---- Tú sabes mi nombre? Quién eres?

Enrico. Soy el que tuvo la fortuna de hallarte en la playa, y al anciano tu compañero, casi cadáveres. El que os conduxo á este mi palacio, y cuidó de vuestras vidas con el mayor interes. Y soy, en fin, el que herido con un rayo de tu admirable belleza, te quiere, te ama, y sacrifica el corazon, esperando le trates compasiva.

Nerina. Con que, eres Enrico? El Señorito? El hijo único de los Marqueses, segun nos informáron Nicolasa y otros criados?

Enrico. Sí, preciosa criatura; ese soy y por los mismos criados sé tu nombre, el de Milcon, y todas tus desgracias: bien, que te las causáron los vientos y las olas; que estos, y las fieras solamente, pudieran ser crueles contigo, que eres la madre del amor.

Nerina. ap. Ya tengo un distintivo mas. Doncella, casada y madre del amor. Este es el mas agradable á mi oido. Con que, te debo la vida?

Enrico. A lo ménos, procuré alentarla.

Nerina. Y no contento con esto, quieres á hora darme el corazon.

Enrico. Mi mayor dicha será, que te dignes de recibirle.

Nerina. Sí, un corazon tan generoso y amable, merece ser admitido, y aun amado. Dónde le tienes?

Enrico. En el sitio que le dió la naturaleza. Aquí. (*señalando*)

Nerina. Y como le has de sacar de donde ella le puso?

Enrico. Siendo tú su dueño solamente.

Nerina. Pero cómo se acreditará eso?

Enrico. Amándote, y viviendo siempre mi voluutad sugeta á la tuya.

Nerina. Y tanta sugecion como puede ser durable?

Enrico. El amante vive siempre en lo amado.

Nerina. Aun siendo así, es dificil creer, que la primera vista produzca tanto amor.

Enrico. No es esta la primera vez que te he visto. Te vi en la playa, te conduxe sobre estos brazos á mi palacio. Sí, sobre eestos brazos. Yo fuí el Atlante de tanto cielo. Y llevándote en ellos, teniendo tu hermoso rostro apoyado en mi pecho, qué sensaciones de compasion y de terneza no producirias en mi alma!----- Ultimamente, quando mas solícito y fino te daba los remedios que te alentáron heriste mi corazon!

Nerina. (*con terneza.*) Qué ingratitud!--- A tantos beneficios, tan malas correpondencias! No sabia yo que era tan cruel. Debes aborrecerme.

Enrico. No: el mal que me causaste, es todo mi bien. Yo te amo tiernamente, Nerina. El amor causa con facilidad estos rápidos triunfos. Díme; no ha producido en tí alguno de estos efectos en favor de este rendido amante?

Nerina. Reponderme primero. Quando me viste en la playa y en tu casa, tuvo principio eso que llamas amor?

Enrico. Desde el instante, que te vi.

Nerina. Pues yo entónces era poco ménos, que un cadáver. Y si un cadáver produxo en tu alma esos efectos amorosos, no es natural que siendo tú un jóven tan bello, tan amable, y lleno de beneficencias, hayas causado en la mia los mismos, á lo ménos?---- Te parece que he satisfecho tu pregunta?

Enrico. (*con eficáz viveza.*) Sí, perfectamente. Esa declaracion tan inocente y sincéra, corona mi amor, y hace que forme las esperanzas mas agradables de que serás mia.

Nerina. Eso es imposible. Harto lo siento!

Enrico. Por qué es imposible?----- Pero ya te entiendo. Tú crées que la diferencia que hay entre el tuyo y mi nacimiento, es un escollo insuperable para unirnos. Pues no pienses así. En siendo el amor legítimo y honesto así como sabe hacer que se inclinen las almas, sabe tambien igualar las personas.

Nerina. Ola? Con qué es impedimento para enlazarse dos que se aman tiernamente el ser desiguales en la opulencia, en el fausto y en la sangre?

Enrico. Así lo han dispuesto las leyes del mundo.

Nerina. Pero yo creo que suelen ser mas poderosas las de las voluntades. La lastima es, que hay otra dificultad que vencer.

Enrico. Y quál es?

Nerina. La ley que impone un marido.

Enrico. (*con admiracion.*) Cómo un marido? No te entiendo.

Nerina. Es decir que soy casada. Esto tiene poco que entender.

Enrico. Eres casada?----- infelíz de mí -- Pero díme, quién ha merecido la dicha de ser tu esposo?

Nerina. Quién ha de ser? Milcon.

Enrico. Aquél anciano es tu marido?

Nerina. El mismo.

Enrico. Qué desgracia la mia!--- Yo fallezco!

Nerina. Y por qué esos extremos?- Pobrecito! *ap.*

Enrico. Por qué te amo, y ya no puedes ser mia!

Nerina. Y por qué no?

Enrico. Cómo, si eres casada?

Nerina. El tiempo todo lo facilita.

Enrico. Y he de esperar á que el tiempo quite la vida á tu esposo, para serlo yo?

Nerina. Poco sentiré que me falte el marido que tengo, como me viva mi padre. Y eso es, que quiero tanto á uno como á otro.

Enrico. Y que quiére decir eso?

Sale Milcon por la derecha.

Nerina. El tiempo te lo dirá.

Milcon. (*con semblante severo, y tono fuerte.*) Qué ha de decir el tiempo?

Narina. A usted, que ha llegado al mas favorable para la que se llama vuestra esposa. Y á este jóven, que puede darle un desengaño que á él le haga felíz, y á mí dichosa.

Milcon. No te entiendo. Hablame claro.

Nerina. Ya hace rato que lo hubiera echo, si quisiera que me entendiesen.

Milcon Y quién es este caballero?

Nerina. Al que debemos las vidas: Es Enrico -- el Señorito.

Milcon. ap. El Señorito?----- Todo se perdió!

Enrico. Soy el que os hallé en la

playa, y trage á mi palacio. Y el que desea haceros feliz.

Milcon. Por lo primero, os doy gracias. Lo segundo, no teneis que hacerlo, pues lo soy teniendo por muger á Nerina.

Enrico. Dices bien. Esa es una felicidad, que te embidio.

Milcon. ap. El poderoso que embidia una cosa del humilde que tiene bajo de su poder, qué no hará para arrancársela! Y este, cómo podrá defenderla! Vamos de aquí, Nerina.

Enrico. Dónde?

Milcon. Dónde quiera el destino.

Enrico Mis padres os esperan con ansia. Tened la bondad de darles el gusto de que os vean.

Nerina. ap. á Milcon. Tened la bondad, dice, padre mio---- No veis que expresion tan dulce, pudiendo mandar lo que ruega?

Milcon. ap. Que ella haya agradado á él, no es estraño; pero que él haya agradado á ella, es malísimo. Señor, nuestra obligacion harémos en rendir los respetos á vuestros padres, y ofrecerles como á vos una eterna gratitud á los múchos favores, que en tan corto tiempo os debemos. Hacedme ahora el de dexarme un momento solo con mi muger, para advertirla del modo con que debe presentarse á tan grandes bienhechores. Es una inocente, y es preciso imponerla en lo que nunca ha echo. Adelantaos, que ya os seguimos.

Enrico. Parece que teneis sobre mí tal ascendente, que en todo deseo complaceros. A Dios, hasta luego. (*Llega á las puertas del palacio, y desde ellas, mirando con eficacia á Nerina dice.*) Preciosa Nerina; te perdí, en el instante que te amé! Mi pena es tan cruel, como respetable tu marido! *Vase.*

Milcon. De qué te hablaba ese jóven?

Nerina. De la cosa mas agradable.

Milcon. Quál era?

Nerina. Era---- de amor.

Milcon. Qué dices? De amor te hablaba?-- Ó Dios! Qué trastorno de inocencia! No sabes que á una muger casada no es permitido hablar de amor?

Nerina. (*con humildad.*) Yo no lo sabia; por que hasta ahora no he sido casada.

Milcon Salimos de los peligros del mar, y dimos en los mayores riesgos de la tierra. Las mismas expresiones del hijo, serán las del padre. Para esto, solicita verte.

Nerina. Las del hijo, yo os haré ver que son puras; y las del padre, por qué las culpais sin saber quáles serán, y sin haberle visto aún? Quisiérais que os tubiesen por un malvado sin conoceros, ni oiros? Me parece que no. Pues no quieras para otro, lo que no quieras para tí. Así me lo habeis enseñado, y que jamas haga mal jucio de nadie. Por lo mismo creo que el Marqués será la misma bondad.

Milcon. Apruebo en esa parte tu modo de pensar. Pero volvamos al Señorito. Con que te hablaba de amor?

Nerina. Sí, de un amor casto; esto, antes que le dixese que eras mi esposo.

Milcon. Y despues que lo supo qué te dixo?

Nerina. Echó una maldicion.

Milcon. A tú marido?

Nerina. No, á su suerte. Lo cierto es que él me queria para muger, y por usted pierdo un esposo.

Milcon. Inocente!----- No conoces que esas promesas son solo para engañarte y seducirte?

Nerina. Nada de eso tenian las de Enrico. Todas fuéron dictadas por la verdad.

Milcon. Y en qué te fundas para creerlo así?

Nerina. Quando me creia soltera, sus palabras fuéron animadas de un fuego honesto, y me prometió ser mio, sin otra solicitud. Y apénas le dixe que era casada, aquel fuego quedó apagado, respetando el matrimonio y al esposo. Quando se piensa en engañar, no se contienen así las pasiones, sino que lo que pierden por un lado, procuran adelantar por otro. No lo hizo así Enrico: se vió vencido por la razon, lo sintió mucho; pero ni aun pensó en oponerse á ella.

Milcon. Sacas de todo una bella consecuencia. Tambien el amor tiene sus hypócritas. Este Enrico tiene para mí un alma muy sensible. Esto sin duda me obliga á quererle. Pero sin embargo como padre te prohibo que le mires.

Nerina. Pues yo os respondo como esposa, que no quiero obedeceros. Así os respondia mi madre y sin la razon que me asiste.

Milcon (*con vigor.*) Qué razon?

Nerina. Si Dios nos manda amar á los que aborrecemos, será justo aborrecer á los que amamos?

Milcon. Luego tú le amas?

Nerina. Me parece que sí.

Milcon. Y no sabes que eso es malo?

Nerina. Lo malo es aborrecer á quien tanto bien nos ha hecho.

Milcon. Yo no te mando que le aborrezcas, si no que no le mires.

Nerina. Con corta diferencia lo mismo es uno que otro. Querer que esté delante de lo que quiero sin mirarle?--- Qué pudiera hacer mas si llegára aborrecerle? En fin, creed que vuestra hija, ó vuestra muger, amará siempre la virtud donde quiera que la encuentre.

Milcon. Esa es una cláusula de consolacion para mí. Vamos á cumplir con estos Señores, pues así lo quiere mi suerte.

Nerina. (*asiéndole del brazo.*) Vamos, maridito mio, vamos.

Se entrán por la izquierda y concluye el acto.

ACTO SEGUNDO.

Salen Milcon y Nerina: ésta muy alegre.

Nerina. Qué señora tan bella, tan amable!----- Con qué afecto me abrazaba, y besaba! Y quántas veces y con qué terneza me llamó hija! Yo la estrechaba entre mis brazos con un amor tan vehemente, que no puedo explicarle. Mi corazon salta de alegria desde que la ví. Me parece imposible que me separe de su lado. Y ella me dixo lo mismo. No tiene un mérito singular esta señora, padre mio?

Milcon. Sí, te confieso que me ha gustado mucho. Sus expresiones son sincéras; y lo que dicen sus labios, es lo mismo que hay en su corazon. Ojalá, que su esposo é hijo sean del mismo carácter?

Nerina. Y entónces qué hariais?

Milcon. Quedaríamos bajo la proteccion de estos señores.

Nerina. (*con sumo gozo.*) Bien, bien. Quánto me gusta que así penseis! El hijo es bueno, y el padre no puede ser malo, por que---

Milcon. Calla, que parece que alguno sale del palacio.

Salen el Marques, Enrico y Norban; los que hablarán ap. en las mismas puertas lo siguiente.

Enrico. Aquí están, padre mio. Ved al invierno casado con la primavera.

Norban. Me ha asombrado esa noticia. Se acabó mi pretension.

Marques. Y quién dirá que el anciano no ha tenido buen gusto? Yo tambien haria lo propio si enviudara. Lleguémos. Dios os guarde, bella Nerina y buen Milcon. Vuestros nombres y sucesos he sabido por mi muger, por mi hijo, y criados. He celebrado mucho, que emplease aquel su clemencia en vuestro socorro. Estais por lo mismo bajo de mi amparo. Aquí, sin borrascas se come, hay diversiones sin peligros, y se duerme en buena cama sin cuidados.

Nerina. Señor, que no se me quite la que ocupé dos horas.

Marques. Cómo quitar, si es tuya?

Milcon. ap. Estos intentán pervertirla! No es posible que aquí exîstamos.

Marques. Yo quiero que respireis á gusto y libres del hórrido quebranto que os causáron el mar, los escollos y los vientos. Por veinte dias á lo ménos, no tengais ningun cuidado, que de aquí no habeis de salir.

Nerina. Mas que estemos veinte años.

Milcon. ap. á ella. Calla.

Marques. Todos los que quieras. Haz cuenta que estás en tu casa. Aquí hay buenas tertulias, se juega, se baila, y se canta. Estareis alegres sin echar ménos las inconstantes olas. La Marquêsa dice que no permitirá te sepáres de su lado. Yo digo lo mismo por que te amo mucho.

Enrico. La virtud y la belleza, son dignas de ser amadas.

Marques. Por eso queremos todos á Nerina.

Milcon. Vuestra clemencia me admira. Este pobre esposo----

Norban. Pobre, siendo marido de una jóven tan hermosa.

Marques. Dice bien. Acércate á mí, Nerina. De tu helado marido, no tengas temor; pues el amor que te tengo es tan grande como honesto.

Nerina. Lo creo así; y yo tambien os amo tiernamente; pero sugeta á las ordenes de un marido---

Marques. Las ordenes de un marido no deben ser opuestas á lo que exîge la razon. Qué humildad la tuya! Compite con tu belleza-- (*acércase á ella haciendola caricias decentes.*) Que yo te quiera en extremo, pero con extrema honestitidad, no ofende las sagradas leyes del matrimonio, ni del honor. Qué bella eres! Quisiera introducirte en mi alma!

Enrico. Y yo mas que todos. *ap.*

Milcon. Ondas crueles, á qué puerto tan horrible me arrojasteis! Entre todos me la quieren destrozar! Ma-

ñana marcharémos de aquí, hija mia. (*á ella ap.*)

Nerina. (*á el ap.*) No pienso en ser mas pescadora.

Enrico. Estás aquí contenta, Nerina?

Nerina. Mas que en qualquiera otra parte. Este cielo es muy benigno, muy sano. Veo aquí unos objetos tan agradables— Por exemplo, el Señor Marques, y su hijo.

Milcon. Inocente, qué dices!

Nerina. Que los quieró mucho; y que estimo mas la cama que me han dado, que quantas barcas y maletas tiene el mundo. Pero— la verdad: á quien amo mas que á todos, es á la Señora. No podré jamás separarme de ella.

Enrico. Así debes hacerlo; para pagar á mi madre lo que te ama.

Marques. Y á tu padre lo que la quiere.

Enrico. Este es un sitio muy delicioso. Mira allí los célebres promontorios de Sicilia, que parece se alcanzan con la mano. Todas las mañanas irémos los dos solos á pasear en mi virlocho. Por las tardes verás las playas Sicilianas en la Gondola, y por las noches baylaremos.

Norban. Esto se llama distribuir el tiempo con talento.

Enrico. Te gusta mi modo de pensar, Nerina?

Nerina. Á mí me gusta todo lo que no es opuesto á la decencia.

Milcon. (*con furor.*) Pues eso lo es, y en tanto extremo, que me admiro de que un padre permita, que á su presencia se atreva á hablar así un hijo. De quándo acá á la juventud, que siempre es ciega y sorda, concede tanta libertad un padre? Señor, los hijos son barquillas expuestas á la discreccion de las olas, si los padres no tienen siempre la mano en el timon; Qué piloto no procura evitar los escollos que el mar le presenta, por asegurar su nave? Un padre, solo lo será con sus hijos, si hace con ellos lo que el piloto. Esta es la edad en que se doblan las inclinaciones al lado que se quiere. Si se espera mas adelante, no tiene remedio el vicio que hayan echo. Quando el pescado cria escamas, hasta el cuchillo resiste. Si criais á vuestro hijo con tanta libertad, temed que algun dia se burle ó se queje del que le dió el ser.

Enrico. ap. Su semblante, tono, y el fuego de sus palabras, me han echo temblar!

Norban. Es un pescador el que ha hablado, ó es un Ciceron?

Marques. Si yo fuera Neron, le tendria por Séneca. De lo poco que has dicho, se puede hacer un gran tomo.

Norban. ap. Desde que sé, que es casada Nerina, me gusta ménos, y ménos teniendo un marido afilosofado. Voy á buscar á Nicolasa. *Vase.*

Milcon. Señor, ni por el vestido ni por el exercicio se mide el hombre. Ignorais acaso, que quando la razon ilumina, puede hacer de un pescador un filósofo? Donde ella asiste con todo su poder, ninguna pasion la obscurece, por que entónces descubre la moral que nos dió la Naturaleza. Reparad en el remo que está en el agua, y os parecerá torcido, pero sacado de ella, aparece recto como es. Creeis que yo he sido siempre pescador? Qué no he visto mas que canastos y redes? Pues no señor; Algo mas he sido. Ví las grandes cortes, y las ciudades populo-

sas, y tuve correspondencia con los primeros hombres de Europa. Si la fortuna inconstante me quitó lo que era suyo, me dexó lo que era mio. Me quedáron mis experiencias, mis desengaños, y la sincéra libertad de deciros, que si proseguís educando así á vuestro hijo, morirá en el peligro, y vos no os librareis de él. Yo quiero huirle; y así, permitid que con mi muger me alexe de estas playas.

Marques. Tus razones me admiran; mas no me confunden.

Enrico. ap. A mí sí?

Marques. El retirárte de este sitio, es imposible por ahora. Justamente me ha encargado la Marquesa que lleve á Nerina á su gavinete. Ven, hija mia.

La ase de la mano: ella lo permite: y Milcon manifiesta en las acciones su sentimiento.

Nerina. No tengo reparo: ántes me lleno de gozo por ir á ver á la Señora----- Ay Dios! Qué trasformacion es esta---- *ap.*

Caminan hacia el Palacio: Milcon quiere seguirlos, y Enrico le detiene.

Milcon. Eso no permite Milcon. Vuelve aquí, Nerina.

Nerina. (*cerca de la puerta.*) Me lleva superior fuerza. No puedo obedeceros. (*Se entran.*)

Enrico. Sosegaos, mi querido Milcon. Dexad que la inocencia vaya al lado de la humanidad. Sí; las intenciones de mi padre, son irreprensibles, y creed, que las de todos lo son. Por esto ha descuidado algo en la educacion que mis maestros me han dado. Gracias á Dios, mi genio es propenso á lo mejor. Oí vuestros dicursos con admiracion, y la vehemencia de sus razones, en mi corazon las ha impreso. Vuestra esposa---- no puedo ocultaros la verdad: merece en mi estimacion un lugar muy distinguido. Su inocencia, y su hermosura, la hacen tan amable, como respetable. Me persuado que aquí estais violento, que temeis algun peligro---- Creedme: yo os amo y venero. No os separeis de mi lado. Sereis mi maestro, y os respetaré como á padre. Dadme esta palabra, que yo os la doy de que vuestro honor, vuestro bien, y tranquilidad, los miraré como á las cosas mas sagradas.

Milcon. Joven amable, qué encanto tienen tus palabras, que han dulcificado mis amarguras?

Enrico. Permitidme que os abrace (*lo hace.*)

Milcon. Estos brazos me rejuvenecen.

Enrico. Y á mí me alientan. Y os quédareis aquí?

Milcon. Pronto os responderé.

Enrico. Espero condescendais con mi tierna súplica. A Dios hasta luego. *Vase.*

Milcon. (*reflexionando.*) En qué confusion me hallo--- Qué resolveré?---- Daré crédito á este jóven, cuyo carácter parece el mas honrado, y manifiesta los sentimientos mas sincéros y generosos? Pero, no puede todo ser fingido?--- Eh, malicia humana, enemiga detestable de la sociedad! Quándo dexará tu mordaz diente de querer destrozar lo mas inocente y sagrado! Puede caber tanto engaño en la tierna edad de Enrico? No lo creo. Me atreveré á fiarme de él sin temor de arrepentir-

me Con todo, verémos. Vamos á dónde está Nerina.

Al irse, sale Nicolasa.

Nicolasa. Oh, qué bello encuentro! Viva el buen Milcon, que ya sé que es esposo de la que creí fuese Visabuelo.

Milcon. Señora mia, me teneis por vuestro bufon?

Nicolasa. Mi bufon? No lo permita el cielo. Un hombre que tiene por muger tan buena moza, es el honor del mundo. Teneis tan buen gusto del presente siglo, que--- Quereis que os la diga clarito? Pues no tendria reparo en tomaros por mi cortejo.

Milcon. Anda al Diablo, habladora.

Nicolasa. Qué, temeis que la esposa tenga zelos? Yo la haré que disimule, pues calla el marido.

Milcon. Marcha de aquí, insolente.

Nicolasa. Abrid la boca, y os meteré el dedo.

Milcon. Tú me insultas, y expones á que tambien lo haga; pues tengo boca para ello.

Nicolasa. Pero es una boca sin dientes.

Milcon. Tengo los bastantes para hacerte daño.

Nicolasa. Mucho te costaria, porque tengo muy dura la piel.

Milcon. Por tu insolencia, me causa horror el verte.

Nicolasa. Si no tuvieras cien años encima, tú te alegrarias de mirarme.

Milcon. Yo alegrarme? Aprende á respetar los mayores.

Nicolosa. Sí, á los mensageros de la muerte.

Milcon. La vejez y la muerte, son hijas de la juventud. Y de qué sirve la tuya siendo tan necia?

Nicolasa. Si supieras quánto mas sabe una necia como yo, que un filósofo como tú, me embidiarias. Si quisieras arguir conmigo, veriamos quál de los dos era mas loco. En fin, por grande que sea tu ciencia, mas vale mi juventud. Yo puedo llegar á vieja; pero tú no puedes pasar de serlo. A Dios, Abuelo de las brujas. *Vase.*

Milcon. Ah, filosofia del mundo! Ojala que mi querida hija nunca te oiga! Sus voces serian capáces de destruir su inocencia. Solo por esta muger, aunque no hubiese otros peligros, no debo estar aquí.

Sale Norban.

Norban. Milcon, mi Señora te espera.

Milcon. Voy á ponerme á sus pies. *Vase.*

Norban. Yo no entiendo lo que aquí pasa. La Marquesa hace mil fiestas y caricias á Nerina. El Marques pierde el juicio por ella, y por ella está loco el Señorito. Estos extremos en los dos, no los admiro. El amo la querrá por su natural bondad; y el Señorito por su natural inclinacion. Lo extraño es en mi ama, mayormente siendo su genio tan arisco y uraño. Pero qué me canso en hacer reflexîones? El amo querrá obligarla, y el Señorito seduciria. Brava danza entre padre é hijo! La Marquesa, conocerá esto, y para tenerla guardada de alanos tan carnívoros, no quiere se separe de su lado. Este es el caso. Ofrecen al marido quanto quiera, porque quieren á la muger-- Pobre Milcon---. De estes anzuelos no tienes conocimiento, y con ellos te

pescarán. Pero esto es murmurar y no me gusta. Lo que me interesa es agarrar á Nicolasa por muger; que aunque me muestra tanta aversion, es efecto de su genio alegre y vivaracho. En siendo yo su marido, me querrá mas que un dolor de muelas. Voy al jardin á coger y llevarla las mejores frutas que halle.

Vase por la derecha: por la izquierda sale Nerina, y siguiendola Enrico.

Enrico. Detente un momento, hermosa Nerina.

Nerina. Aquí estoy: de tí no huyo.

Enrico. Quántos cariños te ha echo mi madre!

Nerina. Bien se los paga el amor que la tengo.

Enrico. Es mucho lo que la amas?

Nerina. Mas que á mí.

Enrico. Y á su hijo?

Nerina. Poco ménos que á la madre.

Enrico. (*con un impetu de alegria*) Ay Dios! Tú me encantas. En tus inocentes labios la verdad brilla. Pero cómo he de pagarte tanto amor?

Nerina. (*desdeñosa.*) No quisiera haberte oido esa pregunta.

Enrico. Por que?

Nerina. Porque supone que no hay en tí lo que exîge su respuesta.

Enrico Y qué es?

Nerina. Que un amor grande, con otro igual se paga.

Enrico. Pues el que te tengo, no está sugeto á la explicacion. Mas de que sirve amar, lo que no se puede poseer?

Nerina. Y por qué no?

Enrico. Porque tienes marido, y marido que amo y respeto mucho.

Nerina. Eso me gusta. Pero hay Dios!---- Qué culpa he cometido! Se me habia olvidado que á las mugeres casadas no es licito hablarlas de amor, ni que ellas le permitan.

Enrico. No, Nerina; del amor que produce la honestidad, y no la perjudica, pueden hablar las doncellas; y quando al amor conyugal no se hace injuria; las casadas.

Nerina. Pues si es así, hablemos de este amor.

Enrico. Entiende que por naturaleza amamos todos. En lo que está la dificultad es, en no exceder los límites de la honestidad.

Nerina. Pues si acaso me saliese de ellos, debes avisarmelo; porque este camino jamás le pisé, y aunque ande poco á poco, puedo tropezar como nueva en él, y por que creo que es muy resbaladizo.

Enrico. Sí, yo te avisaré. Pero mi sentimiento es grande viendo que en tu amor he de ser siempre el último.

Nerina. Y por qué no el primero?

Enrico. Por que eres de otro.

Nerina. Haz cuenta que ya no lo soy.

Enrico. Esa es mala cuenta. Y advierte, que te sales del camino.

Nerina. Ola? Pues me vuelo á él, aunque pudiera decirte, que te engañabas.

Enrico. No me engaño, porque un marido tiene privilegios sagrados.

Nerina. Pues tú me pareces mas bello que el mio, sin quebrantar esos sagrados privilegios.

Enrico. Soy jóven, y eso me da alguna belleza.

Nerina. Pues yo tambien soy *jóven* y viviriamos mejor.

Enrico. Lo conozco, y lo quisiera así; pero vive tu marido.

Nerina. Yo creo que morirá prontamente.

Enrico. No quiero ser feliz á tanta costa. Amo mucho á tu marido, para desearle la muerte.

Nerina. Pues si tanto amas á un viejo, muerase mi marido, y amarás á mi padre, que es de la misma edad.

Enrico. El talento de tu esposo, le tienen pocos.

Nerina. Es igual el de mi padre. Mas supongamos, que hoy mismo quedase yo sin marido, en este caso, qué hicieras?

Enrico. Ser tuyo, y ser tú mia lexítimamente.

Nerina. Eso quiere decir que nos casariamos, hé?

Enrico. Que buelves otra vez á salirte del camino.

Nerina. Jamás he estado mejor en él. Tú si que parece le huyes, por no contestar á aquella pregunta.

Enrico. Por no contestar? Ah, que agravio haces á mi amor pensando así! Pues si estuvieras en estado de poder unirte á mi: si yo lográra la dicha de ser tu esposo, qué mortal seria mas feliz que yo?

Nerina. Y lo cumplirias así?

Enrico. Juro por lo mas sagrado, que si llegase el caso de hallarte en disposicion de poder contraer nuevo lazo indisoluble, Enrico le formará.

Nerina. Basta. Está echo un futuro matrimonio teniendo marido la que le contrae. Preciso es reirme. Y qué gusto causa á una jóven, quando vé rendido el trofeo de su belleza! Vaya, mi futuro marido, se le hará justicia en el tribunal de mi amor, y mañana tendrá en su favor la sentencia.

Enrico hinca una rodilla, sale Flavia y lo advierte.

Flavia. Qué es esto? Tú á los pies de Nerina? Ah, qué presto intenta asaltar la malicia á la inocencia! Es esta la doctrina que te dan tus maestros? Ven á mi lado, hija mia, huye de la seduccion y del libertinage, que están refundidos en ese perverso.

Enrico. Señora, creed:::-

Flavia. Sí, bien creo lo que eres. Malo, malisimo, pesimo.

Nerina. Yo pienso al reves, Señora; le tengo por bueno, bellísimo, perfectísimo.

Flavia. Tu inocencia te hace pensar así.

Nerina. No señora: la razon, el conocimiento y la verdad, me obligan á darle aquellos títulos.

Flavia. De que te hablaba? La verdad.

Enrico la hace señas para que calle.

Nerina. Mis labios no estan acostumbrados á faltar á ella. De amor me hablaba.

Enrico. ap. Todo lo va ha echar á perder.

Repite las señas.

Flavia. De amor? Y eso te parece que no es querer seducirte?

Nerina. Antes me instruia; por que hablaba de aquel amor, que es permitido á la honestidad.

Flavia. Pero sobre qué recaia?

Nerina. Sobre un futuro matrimonio.

Flavia. Cón quién.?

Nerina. Conmigo. La cosa no es

de tal gravedad, que no pueda saberla la que me ama tanto. Nacida yo en un escollo solitario, viví tres lustros sin conocer el mundo. Con mis padres, y sin mas hermanos, me crié tratando solo con los peces, y las aves. Los pescados son mudos, y los pajaros aunque hablan mucho cantando, jamás pude entenderles. Siempre con la inocencia en la boca y en el pecho, me educó mi padre, y me hallo con un marido, que es tan viejo como él. Ahora me parecè mejor vuestro jóven hijo: me ama tiernamente y quisiera casarme con él, si me hallará en disposicion de poder hacerlo. Para que esto se verifique, daré órden á la muerte para que se emplee en mi viejo marido, y que Enrico ocupe su lugar. No es este un gran pensamiento, Señora?

Flavia. ap. Qué inocencia!

Nerina. Por mi no hay dificultad: yo lo allanaré todo. Pero es necesario que vos, Señora, consintais en ello. Quántas veces me habeis honrado hoy llamandome hija? Pues concededme que lo sea en el modo posible, y no hay otro, que el de unirme á Enrico. Me negará esta gracia la que reconozco por madre?

Enrico. ap. á ella. Qué has hecho? Eso debieras haberlo callado.

Nerina. ap. á él. Por qué no me lo advertiste.

Flavia. (*ironicamente.*) Eres un portento, Enrico! Qué modo de pensar tan propio de tí!...Bastante te digo.

Enrico. Pero, Señora::- la virtud y la inocencia, por mas que se hallen en un pecho humilde, no merecen.....

Flavia. Calla, que me irritas.

Enrico. Yo no tengo la culpa de que me aborrezcais; horrorizandose de ello el amor y la Naturaleza. Si así no fuera, no acriminariais tanto lo que en mí notais, sin oir ántes mi razon.

Flav. Puede haber alguna, que apruebe tu perversidad?

Enric. ¿Quál, Señora?

Flavia. La de querer pervertir esta inocencia.

Enric. Jamás he pensado tan baxamente. Qué diga ella:::-

Nerin. ¿Pero porqué este enfado?...Mas yá reconozco la causa. Soy pobre: Enrico poderoso: él es de alta clase, y yo de nacimiento humilde: esta es mi desgracia. Pero á lo ménos, no puede impedirme que ame á mi bienhechor, ni á éste que quiera á la que dió la vida. Si un arbol tuviera sentido, se quejaría acaso de ver al que le dió el sér, reposar á su sombra, respirar con la fragancia de sus flores, y gustar de la dulzura de su fruto? Yo soy este arbol: Enrico, el que le dió la vida; pues él debe quererle; y á mí me ha dado la Providencia una alma muy sensible para vivirle eternamente agradecida.

Flav. Me encantas, hija mia, con tus discursos inocentes.

Nerin. Pues consentid, Señora, que Enrico llame suyo el arbol que libró de la muerte, y á mí me encantarán vuestras acciones.

Enric. Bendita sea tu boca. *ap.*

Ner. Yo os serviré de rodillas por esto; y por lo que os amo toda mi vida.

Flav. Dame un abrazo, hija mia. (*lo háce con eficacia.*

Nerin. ¡Y con quanto gusto, madre de mi alma!

Flavia. Vé, y esperame en mi Gavinete.

Nerina. Pero ¿qué me respondes? ¿Será mio Enrico?

Flavia. Al que solicita imposibles, con el silencio se le satisface.

Nerina. Pues si vencer un imposible, hará glorioso al que lo consiga, para mí reservo este triunfo. Vive tranquilo, Enrico, que Nerina presto será soltera. Señora ¿por dónde se vá al Gavinete?

Enrico. Yo te enseñaré el camino.
Vase.

Flavia. Oye... Espera....¡Qué insosolente!

Nerina. No hay que enfadarse. Yo le traeré al instante á vuestra presencia. (*Vase corriendo*)

Flavia. Nerina...Hija...Se fué tambien. Quanto ella me es amable, me es Enrico aborrecible. No, no piense Milcon en separarla de mi lado. ¡Qué sé yo lo que haria para estorvárselo.

Desde aquí se iluminarán los Miradores con bastantes luces.

Mas ya iluminan los Miradores, y aun no ha anochecido. Disposiciones todas de mi precioso consorte. Pero él llega

Sale el Marques.

Marques. Marquesa, cómo estamos?

Marquesa. Como siempre.

Marques. Quiero decir, si la Luna ha dado ya su vuelta?

Flavia. Eso te pregunto, que eres el Monarca de los locos.

Marques. Pues á mi Reyna abrazo. (*Lo hace.*)

Flavia. Qué gracia!

Marques. Una quiero pedirte.

Flavia. Sí, pues para hacerlas estoy. Sepamos quál es.

Marques. Estamos conformes en querer á Nerina.

Flavia. Yo la amo por su inocencia.

Marques. Y yo por su virtud. A esta preciosa criatura, quiero que la pongas un rico vestido, para presentarla esta noche en el baile.

Flavia. Admirable pensamiento!.... Como tuyo, al fin. Y es este el amor que la tienes? Querer exponerla, á la crítica de todos, siendo una inocente? Ademas, que donde yo no esté, no quiero que ella se halle.

Marques. Pues qué, no has de asistir á la funcion?

Flavia. Quántas veces lo hago? Solo un loco como tú tendria baile todas las noches. Además, estoy desazonada, quiero recogerme temprano, y que lo hagan Nerina y su marido, pues tanto necesitan el sosiego. Mañana sí que pondré á Nerina un vestido sobresaliente, y su cabeza la mas brillante. Lo que haré ahora para contribuir á la diversion de los concurrentes, es darte un admirable consejo.

Marques. Y quál es?

Flavia. Vistete de arlequin; preséntate al concurso, y verás que risa les causa tu ridícula presencia. *va.*

Marques. Solo el Diablo puede haberla sugerido semejante pensamiento--- Vestirme de arlequin! Yo mismo me rio celebrando tal aprehension. Arlequin! No me preparaba mala escena cómica, para ser la mofa de todos. (*Sale Nicolasa*)

Nicolasa. Señor, Ya está el salon lleno de gente, y los Músicos prevenidos. Solo esperan á V. S. para romper el baile.

Marques. Voy corriendo. *Vase.*

Nicolasa. Qué casa ésta! Todas las

noches bayle. El Marido danzando, y la Muger acostándose. Ella siempre triste, y él alegre siempre. Los dos representan á Demócrito y Eráclito. Uno rie, y otro llora.

Sale un Lacayo con luz, Milcon y Nerina.

Lacayo. Dice mi Señora que pongais á estos esposos en su estancia, para que se acuesten.

Nicolasa. Bien. Lleva esa luz al Mirador primero.

Sube el Lacayo al Mirador por donde salió Nerina al principiar el primer Acto: abre la puerta y entra.

Despues que habeis cenado tambien, os sería provechoso un poco de exercicio bailando.

Milcon. Nosotros no entendemos de bailes; y piden el descanso nuestras pasadas fatigas.

Nerina. ap. Yo cederia el dormir, por ver bailar. Y baila tambien el Señorito?

Nicolasa. Toma: el primero.

Nerina. ap. Si me quisiera, como dice, no estando yo allí, tampoco debia estar él. Mañana no verá mi rostro alegre.

Nicolasa. Vuestra habitacion es la mas abrigada del Palacio. Tiene una estufa, y sobre ella un gran fogon con mucha lumbre, para que no se sienta en ella el frio. Aunque esto á Nerina no acomode, á ti te aprovechará mucho; porque tienes la sangre elada.

Milcon. Omite tu estilo insolente, ó haré que te arrepientas de él. Dónde están los míseros vestidos que nos dexó el avariento mar?

Nicolasa. Ahora mismo los he vuelto de un lado á otro, que aun están humedos. Esta noche quedarán enjutos, pues los he puesto sobre la estufa, y añadí mas carbon, dexándole encendido. Mas para qué los quieres?

Milcon. Para lo qué no te importa saber.

Nicolasa. Me dexa convencida tan poderosa razon. Allí está, preciosa Nerina, la cama que tanto te gusta. La lástima es, que te acompañe un cadaver.

Sale el Lacayo, y baxa.

Lacayo. Ya queda allí la luz.

Nicolasa. Estas horas silenciosas, no debe despreciarlas el buen Milcon, pues es tan jovencito. Tengo el honor de daros las buenas noches, esposos felicísimos.

Música á lo lejos.

Ya ha empezado el baile. Vamos Roque. (*Vase y el Lacayo.*)

Milcon. Habladora endiablada.

Nerina. Pero con lo que habla, divierte.

Milcon. Quántas camas hay en esta pieza, hija mia?

Nerina. No vi mas que una; pero vale por ciento.

Milcon. Esta noche me toca dormir sobre el suelo. Me tratan como á marido, pues creyéndote casada, han puesto sola una cama para los dos. Anda hija, y ocupala.

Nerina. Pero dónde habeis de dormir?

Milcon. Á un lado de la misma pieza.

Nerina. Y me he de desnudar á presencia de mi padre, habiéndome él enseñado á hacerlo apagando án-

tes la luz para que yo misma no me vea?

Milcon. Dices bien. Dormiré aquí.

Nerina. Tampoco eso me acomoda. El frio de la noche os puede causar alguna calentura.

Milcon. Pues qué he de hacer?

Nerina. Esto. Acostaos en mi hermosa cama, y yo iré al baile.

Milcon. Quién piensa así? Qué dirian viéndote entre tanta gente, y sin el marido al lado?

Nerina. Nada podian decir. La Marquésa está en la cama, y el Marques danzando. Sí, sin la esposa el esposo se divierte, porqué no podrá hacerlo la muger sin el marido? La ley para los dos debe ser igual.

Milcon. El hombre erraria, si en todos los casos para escusar los delitos, se valiese de impropios exemplos. Si te arrojáras al mar fiada en que imitarias al Delfin, que el licor marino que bebe, le arroja por las narices, te ahogarias.

Hija, es miserable engaño el pensar que pueden hacer unos lo que hacen otros. Lo que á un jóven es permitido, no lo es á un viejo. Lo que hace una dama, no puede hacerlo una pescadora; y lo que hace el Marques sin ofenderte, no puede hacerlo Milcon sin injuriarte.

Nerina. No hablo mas; aunque creo que para todo eso habrá alguna respuesta, que no alcanzo. Dios nos dé buena noche. (*Subiendo al Mirador.*

Milcon. Nerina---Nerina: escucha. Cierra bien por dentro.

Nerina. Bien.

Se entra, y despues de un momento cierra la puerta haciendo ruido de echar la llave.

Milcon. Ya cerró. Tiemblo por ella! El ayre, la sombra, y aun yo mismo, todo, todo me dá cuidado. Es preciso pensar en donde he de dormir. El ayre de la noche me puede hacer mucho daño. Si en aquel quarto donde me pusieron esta madrugada dormirá alguien? Tiene otra puerta que comunica á lo interior del Palacio. Tal vez estara destinado para huespedes. Voy á ver si puedo dormir en la misma cama que ocupé con mi accidente.

Sube al Mirador por donde salió en el primer Acto. Cerca de la puerta se para y escucha, suponiendo que oye ruido en el de Nerina.

Temor, me engañas, ú oigo ruido en el quarto de mi hija? Escuchemos---Vaya, se estaria acostando---Acabemos de subir.

Lo hace, llega á la puerta, la empuja con recelo, se abre, introduce un pie, dexa el otro fuera, y dice dentro Nicolasa.

Nicolasa. Quién anda ahí? Quién llama?

Milcon. Dios mio, qué he dado con la maldita Nicolasa! Ahora si que me he puesto en la boca del lobo!

Sale Nicolasa á la puerta del Mirador, habiéndose retirado Milcon á un lado del último escalon.

Nicolasa. Ah, qué eres tú, buen Milcon. Ya se vé, quién pudiera venir á buscarme á estas horas? Qué insolencia! Un viejo caduco buscar á estas horas á una Doncella honrada para pescarla en su apestada red; y abandonar

á su hermosa y tierna consorte.

Milcon. Maldita, calla, que me he equivocado.

Nicolasa. Buena equivocacion, y á estas horas! No creyera que un pedazo de yelo pudiera incendiarse á no verlo en tí. Huyo como Susana

Se entra, y desde la puerta dice:

Echaré á la puerta la llave, cerrojo, picaporte, aldabón, pasador y tranca, y aun no me creeré segura del Adonis, que hasta mi sombra adora. (*Cierra*)

Milcon. Se podrá dar muger mas libre, atrevida é insolente! Cómo ha de ser? Suframos, pues yo tengo la culpa de que mi hija pase por mi muger. Sobre estos duros escalones, viejo infeliz, acomoda tus miembros fatigados. (*Lo hace*) Qué bulla, qué alboroto tienen en el bayle!--La Música se oye claramente. Ella parece sirve de aliciente á mi sueño. (*En accion de irse durmiendo.*) Mientras el poderoso distribuye su oro vanamente, gime el infelíz cubierto de miseria.

Salen llamas del quarto de Nerina por el Mirador, Milcon las vé, se levanta precipitadamente, y baxa del mismo modo al Teatro.

Mas qué veo? Ay Dios! El quarto de mi hija se incendia!---Hija--Hija mia--Despierta (*Llamándola*) Sepultada en el primer sueño, no me oye. Echaré la puerta abaxo.

Vá á subir la escalera; las rápidas llamas no se lo permiten, y al descender corriendo de dos escalones, que habrá subido, cae en el Teatro.

Justo Cielo, socorro! Mi hija se abrasa! (*levantandose*) Ola, criados, criados, gente del Palacio, fuego, fuego---Nadie me oye, y las llamas continúan--Hija mia--Nerina---Ya se habrá abrasado!--Y yo la sobrevivo!--Ah, maldito engaño, qué caro me cuestas!---Qué haré!---Hija---Criados---Nicolasa-Cantan, baylan, y nadie me favorece!-- (*Ruido en el Mirador*) Aquel ruido-- Si habrá allí gente?---Hija de mi alma!---

Sale Norban: cesan las llamas.

Norban. Quién llama? Mas qué humo es este?

Milcon. Amigo, hay fuego en el quarto del primer Mirador. Socorre á mi Hija, á mi hija querida---Presto.

Norban. Ola, criados. Roque, Anselmo; pronto; acudid todos aquí.

Salen varios criados.

Pero cómo? Es hija tuya la que llamas esposa?

Milcon: Sí; mi hija es: Vamos á socorrerla.

Norban. Voy á hacerlo. Seguidme. Pero me casaré con ella?

Milcon. Vamos, que luego verémos.

Norban. La libraré. Corramos.

Al ir todos siguiendo á Norban; Sale Nicolasa.

Nicolasa. Dónde corre el Mayordomo Gestas?

Norban. Á salvar á Nerina, que se abrasa.

Nicolasa. A buena hora: ya está libre del peligro, y el fuego apagado.

Milcon. Qué oigo, cielos! Quién la libró? Cómo? (*temblando de ale-*

gria.

Nicolasa. Mi Señorito hizo esa diligencia. Yá la ha dado la vida dos veces.

Milcon. Lo mismo ha echo conmigo.

Nicolasa Atraido del olor del humo, y viendo que éste, y las llamas salian del quarto de los esposos, corrió á librarlos. Yo le seguí. El fuego principió en la Estufa. Llegáron otros criados: se echaron sobre las llamas dos tapices bien mojados, y se contuviéron lo bastante para extinguirlas facilmente. Nerina estaba desmayada en el lecho. Por poco acontece lo mismo al Señorito al verla. La envolví con las sabanas, mientras Enrico buscaba á Milcon con la mayor eficacia y terneza; y no hallandole, ví bañarse sus mexillas con lagrimas de sentimiento.

Milcon. Jóven amable!-- Qué mas pudiera hacer un hijo mio!

Llorando.

Nicolasa. Llegó mi Señora la Marquesa, que se levantó oyendo el alboroto, y entre las dos condujimos á Nerina á su misma cama. Volvió en sí, y está abrazada á mi Señora regando las lagrimas de la una los carrillos de la otra. El Marques y los del baile se asustáron con el humo, y ruido de toda la familia, y ahora quedan reconociendo el daño, que ha echo el fuego; el que empezó por una gran estera, que estaba arrollada cerca de la Estufa. Milcon, ànimo, que todo está remediado. Y ya ves, que esta noticia vale mas, por lo que os interesa, que todas las injurias que creis os he echo, no habiendo sido otra cosa, que efectos de mi genio alegre, y un tanto quanto bufonesco.

Milcon. Me has dado nuevo ser, Yo te perdono lo que me hayas ofendido por la agradable noticia que me has dado.

Norban. Pero hay otra bien interesante, que ignoras. Nerina no es su muger, sino su hija.

Nicolasa Todas tus noticias son como tú, podridas de puro añejas. No hay uno en el Palacio, que eso no sepa. Las primeras palabras que oimos articular á Nerina fuéron: Dónde está mi padre? Despues levantando un poco la cabeza, continúo diciendo: librad á Milcon, á mi padre de mi alma. Mi Señora la preguntó qué misterio era este, y declaró la verdad.

Milcon. Jamas faltó á ella. Mas, Nicolasa, completa la buena obra que me has echo, llevándome á ver á mi hija.

Nicolasa. Si he venido de órden de mi Señora á buscaros para lo mismo y para que se tranquilice con vuestra vista Nerina, que está sin ella inconsolable. Seguidme: pero sea con la condicion, de que no volvais á volar de noche, como lo hacen las brujas y los brujos. Ya me entendeis. Venid.

Milcon. ap. No debe confundirme, que se haya descubierto mi engaño. A nadie he ofendido con él. Y si me respetaban marido, no dexarán de venerarme padre.

Vanse, y concluye el acto.

ACTO TERCERO.

Salen Enrico, y Nerina: está con vestido sobresaliente, y adornada la cabeza con toda perfeccion.

Enrico. A mi madre, que venia á tu lado, mi padre ha detenido; pero pronto te buscará. Permite que ántes te diga, amable Nerina, que estás la mas preciosa, la mas bella, y que nuevamente encantas mi corazon, teniendo para ello la mayor causa, pues ya puedo esperar que seas mia. Feliz fué el peligro en que te puso anoche el fuego, pues dél resultó no solo que otra vez defendiese tu preciosa vida, sino que por tan fatal acontecimiento, declarases indeliberadamente que Milcon era padre y no esposo tuyo. Ah, que dichoso descubrimiento para que Enrico llegue á lo mas elevado de las felicidades!

Nerina. No te dixe ayer, que hoy seria soltera? Pues mira como la grata suerte se anticipó á mi promesa, valiendose de un acaso melancolico para acreditarte mi verdad. Dos veces me has dado la vida; y yo no cumpliré con ménos que con hacerte dueño absoluto de ella. Así acredita Nerina su palabra, y gratitud.

Enrico. Esos dulces sentimientos me presentan el colmo de mis dichas siendo tu esclavo mas que tu amante. Pero, qué bien te sienta ese vestido! Con qué cuidado te le puso mi madre! Y con qué atencion estuvo viendo adornar tu cabeza! Ahora sí que eres verdaderamente---

Nerina. La madre del amor? Es esto lo que ibas á decir?

Enrico Justamente. Quando á noche te ví desmayada en el lecho--

Nerina. Sí, ya lo he sabido por Nicolasa. Eres el primer hombre que así me ha visto, y solo este primer hombre debe ser mi dueño.

Enrico. Qué declaracion tan sencilla y amable! Estabas tan pálida---

Nerina. El susto que me causáron las primeras llamas que ví apénas disperté, no fué para ménos.

Enrico. Temblé al verte! Se oprimió mi corazon y estuve cerca de desmayarme tambien.

Nerina. De sentimiento de verme de aquel modo; No es verdad?

Enrico. Sí, de sentimiento de verte tan postrada.

Nerina. Y pudiera no ser mio quien tanto de mí se compadece?

Enrico. Pero en fin, libre de aquel cruel acaso, imitas perfectamente al sol.

Nerina. Y cómo es eso, Enrico, que no lo entiendo?

Enrico. Al sol se oponen groseras nubes, que ocultan sus hermosos rayos. Las deshace, las vence y disipa, y se presenta mas bello y brillante.

Nerina. Ahora lo entiendo. Mi desmayo fué la nube que obscureció eso que llamas belleza. Concluyó el accidente, se deshizo la niebla, y volví a lucir para causarte mas alegría. No es esto?

Enrico. Sí, ese es su sentido. Pero, ahora qué harémos?

Nerina. Acreditar lo que nos tenemos ofrecido. Ser yo tuya, y tú mio.

Enrico. Pero--- mis padres--- Ah, Nerina! Esta reflexion me confunde!

Nerina. Tus padres, que dicen que me aman tanto, y á los que yo no quiero ménos, han de ser tan crueles, que permitan muera la pobre Nerina negándola que la posea el que la libró dos veces de la muerte? No lo creo. Mira, yo me pondré á sus pies; los llamaré padres, pues me honran con el nombre de hija; se los regaré con mis lagrimas, me abrazaré de ellos, y nadie podrá desprenderme de allí, sin que primero me concedan su consentimiento. Sus almas sensibles oirán el grito del amor que tengo á su hijo, el de la correspondencia que hallo en éste, y no podrán negar que se unan dos almas formadas la una para la otra.

Enrico. Mucho pueden conseguir tus inocentes súplicas; pero con todo temo---

Nerina El que ama no debe conocer el temor. Hacer rostro firme á las dificultades que se opongan hasta conseguir el fin, ha de ser la resolucion de un amor verdadero.

Enrico. Pues yo te ofrezco, que la que tome acredite bien el mio.

Nerina Eso es; espíritu y fortaleza, que, á el que se acobarda su temor le castiga. Yo hablaré á tus padres, y verás como mi llanto los convence; pero tú, aunque despues les ruegues lo mismo, no llores, que esto es opuesto al cáracter de un hombre.

Enrico. Ynocencia amable!-- Qué dichoso será Enrico si llega á poseerte!

Nerina. Pues si Enrico no la logra, no creas que otro la consiga. Mas aquí llega mi padre. Retirate por ese lado, que luego te diré lo que ocurra.

Enrico. A Dios, embeleso de mi corazon.

Nerina. A Dios, preciosa criatura.

Vase Enrico por la derecha, y sale Milcon por la izquierda.

Milcon. Era Enrico el que te hablaba?

Nerina El mismo.

Milcon. Qué te ha dicho?

Nerina. Renovó sus promesas, y le ratifiqué las mias.

Milcon. Con que en efecto, hija, descubierto ya que lo eres, te manifiesta el mismo amor?

Nerina. Mucho mas que ayer. No veis que hoy me hace otra este excelente vestido, y este brillante peinado?

Milcon. Pero eso será aumentar Enrico su amor por el trage, y no por la persona.

Nerina. Por la persona solamente, por que aunque el vestido la dé algun explendor mas, si ella no tuviera gracia para lucirlo, seria lo mismo que colgarle de un palo. Me ha dicho que ahora parezco verdaderamente á la madre del amor. Quién fué ésta?

Milcon. Eso ahora no es del caso. Lo que importa es, que hables á tu padre con la pureza que acostumbras, ántes que los Marqueses lleguen aquí. En efecto, conoces qué Enrico te ama de veras?

Nerina. Lo conozco; me ama de veras; y él solamente pone la dificultad para unirnos en sus padres.

Milcon. (*con interes*) Y qué harán sus padres?

Nerina. La diferencia de la sangre-- la distancia de las cunas---

Milcon. Ah, hija mia!--- La Maleta!----; Qué falta nos hace! Será preciso acudir al último recurso. Tú padre no quiere verte desgraciada, aunque él lo sea. No intenta robarte la fortuna que te presenta el cielo. Oye, hija mia, Oye con cuidado. Si Enrico ó sus padres volviesen á poner ese reparos diles, con espíritu que eres-- Ay, Dios!-- Memorias infelices, ya os tenia olvidadas, y solo creia que era un pobre pescador! (*Llora.*)

Nerina. Qué soy padre, mio? Mas no os afiijais así, que me haceis tambien llorar. Y qué causa tan grande será la que produce esas preciosas lagrimas!

Milcon. Muy grande, hija, muy grande! Pero en fin, les dirás que eres de cuna igual á la suya.

Nerina. Tan noble como ellos?

Milcon. Y quizá mas.

Nerina. Ahora sí que quisiera intro ducir á mi padre en el corazon. No porque sea otro para mi estimacion, que el que fué siempre, sino por que hoy me pone en estado de hablar con otra resolucion mediante á ser igual á los Marqueses.

Milcon. Tú padre te lo asegura. Por tí voy á sacrificar tal vez el resto de mis dias.

Nerina. Cómo?

Milcon. Descubriendo un secreto, que hace veinte años, que en mi pecho abrigo, y que ni aun á tu madre le confié.

Nerina. No, padre mio, no permito eso. Faltaré á Enrico, me faltaré á mí propia si le pierdo, por que perderé sin él la vida, ántes que consienta os expongais á lo que anuncia ese cruel secreto si se descubre. Exîsta oculto; seamos solo humildes pescadores, y piérdase todo como mi padre viva.

Milcon. Esos sentimientos tan dignos de tí, me obligan mas á romper el duro y antiguo velo, que aculta los resplandores de tu nobleza. Executa lo que te he dicho, y dexame hacer: que Dios vela por los que invocan su clemencia. Pero aquí llegan los Marqueses.

Salen el Marques, Flavia, Nicolasa y Norban.

Flavia muy alegre señalando á Nerina) Aquí está mi obra. Miradla y celebradla todos. Pero primero, hija mia, dame un abrazo y un beso.

Nerina Y el corazon juntamente.

(*Lo hace.*)

Marques. No me admira ménos que tu hermosura, el desembarazo y espíritu con que te presentas con ese vestido grandioso. Parece que toda tu vida le has usado, segun el ayre, decoro y primor con que le manejas. Esto me encanta.

Flavia. Oh, bien sé yo el merito que hay en lo que llego á querer.

Nicolasa Seguramente, que en Nerina empleó la Naturaleza un rasgo de su poder.

Norban. Y seguramente quisiera yo ser el dueño de ese rasgo.

Milcon. Pero, Señora, en qué pensais poniendo á mi hija lo que es tan contrario--

Nicolasa. A su nacimiento? Otras hay que lo merecen ménos, y visten del mismo modo.

Milcon. Yo iba á decir que es opuesto ese vestido á su presente esta-

do, no contrario á su nacimiento: que éste aquí aun no se sabe quál es. Si fuera preciso, se veria que el de Nerina es comparable con el mas ilustre.

Norban. En qué?

Marques. En pescar Anguilas.

Milcon. No, señor Marques. En blasones heredados, y en honores adquiridos.

Marques. Amigo Milcon, hablemos claro. Mi corazon es demasiado bueno. De nadie pienso mal, y á todos quiero hacer bien. Pero en pillando á uno en una mentira, no le vuelvo á creer jamás. Que Nerina era tu muger aseguraste, y anoche el fuego nos descubrió que en esto mentiste. Quien sin causa faltó á la verdad entónces, por qué alabando su alcurnia, no puede faltar á ella ahora? A lo ménos para mí es sospechosa tu proposicion. Te quiero, á tu hija mas, se entiende honestamente. Pienso; y lo mismo mi esposa, haceros mucho bien; pero no creo ese nacimiento tan ilustre que das á Nerina. De esto, amigo, tú tienes la culpa, pues me faltaste una vez á la verdad.

Milcon. No la dixe: es cierto. Me pareció oportuno faltar á ella en una cosa que á nadie ofendia, por evitar algunos riesgos que de lo contrario creí pudieran resultar. Me pareció que tenida por mi muger, no estaria tan expuesta á ellos. como pasando por hija. No tengo otra razon que daros para desvanecer el juicio que de mi hayais formado. Y por lo que hace á mi presente proposicion, en vuestro Palacio me teneis; protexto no salir dél hasta que sepais quién es Milcon. La concha, vista por lo exterior, es despreciable; en lo interior tiene la rica perla. Por la tosca corteza del arbol no se reconoce su sabroso fruto; ni lo grosero del corcho hace ver la dulzura que enciera, hasta que se manifiesta y prueba el delicado panal. Un eclipse, obscurece al Sol; pero concluido, al mundo ilumina. Hay casos, Señor Marques, que obligan á los hombres á parecer lo que no son, y son lo que no parecen. Creed á Milcon, que la verdad habla por él.

Marques. Dónde ella esté, allí me voy derecho. Lo cierto es que tus discursos me admiran. No, un pescador, no tiene tu instruccion, ni tu filosofia. Bien creo, que tus principios no fuéron pescar, sino en el Gimnasio argüir. Sabes tú qué quiere decir Gimnasio?

Milcon. Muchas veces defendí en él Teses muy delicadas. Creó que os he respondido.

Marques. Perfectamente. Ya deseo que tengamos solos una conferencia.

Milcon. A todo llega su tiempo.

Norban ap. á Nicolasa. Sabes, qué digo, Nicolasa.

Nicolasa lo mismo. Qué?

Norban. El vestido que el ama ha dado á la hija, ha llenado de vanidad al padre.

Nicolasa. El tiempo lo dirá.

Norban. Y otra cosa.

Nicolasa. Qué?

Norban. Si has de ser mia?

Nicolasa. Eso me toca á mi decirlo. Y para que no esperes al tiempo, te declaro que ántes me ahorcára.

Flavia. Ven, Nerina, que desde hoy quiero que empieces á aprender á tocar el Forte piano, y yo he de ser tu maestra.

Nerina. Quieres, Señora perfeccio-

nar tu hechura?

Flavia. Sí, quiero perfeccionarla.

Nerina. Pues, eso no se hace con lo que llamais Forte-piano, y yo no sé lo que es.

Flavia. Pues con qué?

Nérina. Con....

Norban. Enrico viene aquí corriendo, Señora.

Sale Enrico, como sofocado de haber corrido.

Enrico. Padres.... traigo... una noticia.. como... he corrido tanto..... me he cansado... mucho.

Marques. Toma aliento, y dí que noticia es esa.

Enrico. La mas fausta y agradable. Alcancé á ver un Navio, cuyo rumbo era á la Ensenada immediata. Llegó á ella en efecto echó el ancora y el esquife al agua, y en él entrarón varios Marineros, algunos soldados, y un oficial; cuya graduacion no pude distinguir. Dirigiéron la proa á estas playas, y noté que recogiéron una cosa, que hallarón á flor del agua, y la metieron en el esquife. Esperé á que estuviese mas cerca, usé de este pequeño anteojo, y conocí claramente que el oficial es.....

Flavia. Mi hermano, acaso?

Enrico. Sí Señora, mi tio Don Genaro, y ya está immediato. Vedle, Padres mios. Voy á recibirle en mis brazos.

Flavia. Corramos todos á lo mismo.

Se habrá presentado á la vista el Esquife, con Marineros, algunos soldados, y el Capitan Don Genaro. Este y aquellos saltan en tierra. Enrico, que habrá llegado antes, le recive en sus brazos, y seguidamente Flavia y el Marques. Despues ocuparán todos su lugar.

Enrico. Querido Tio...

Flavia. Hermano de mi alma...

Marques. Genaro mio...

Genaro. Hermanos.... Sobrino... Gracias al cielo, que vuelvo á veros.

Flavia. Quantas penas me ha costado tan largo viage, por no haber tenido ni una carta tuya en tanto tiempo.

Marques. Pero hombre, para haber escrito dos letras....

Genaro. Créis, hermanos mios, que en el mar se tienen los correos tan prontos?

Marques. Eso es verdad. Allí están muy retirados los Postillones.

Genaro. Antes de llegar al destino que me señaló mi soberano para el cumplimiento de sus Reales resoluciones, corrimos borasca dos veces, arrojándonos los vientos y las olas muy distantes de dónde llevamos el rumbo. Otras dos veces nos acometiéron con dobles fuerzas los Yngleses, y cantamos la victoria. Llegamos, en fin á unirnos con otros Navios, que nos esperaban y cumplímos nuestro encargo sin tomar tierra. Vuelvo á la Corte, doy satisfacion de mi encargo, quedó sastifecho de él S. M. me honró haciéndome Capitan de Navio, y me mandó recorrer las costas Sicilianas. Con este motivo satisfago los ardientes deseos que tenia de veros, y enlazarme en vuestros brazos. En medio de las fatigas y sentimientos, que me ha causado esta expedicion, el mayor de todos--- Ay Dios! Mientras viva ocupará mi corazon! El mayor de todos me le causó la muerte de Eugenio!

Flavia. Qué oigo, Cielos--- Eugenio murió!

Genaro. En mis brazos dió el último aliento.

Marques. Qué bello hombre era!

Enrico. Desgraciado Eugenio!

Milcon ap. Así se llama mi buen amigo.

Flavia. El se crió en la casa de nuestros padres; y puede decirse que nos crió á los dos.

Genaro. Seguramente.

Flavia. No puedo contener las lagrimas!

Genaro. Son en vano, hermana.

Flavia ap. El solo sabia-- Secreto desgraciado!

Enrico. No os aflijais, Señora. La muerte es un tributo, que debe pagar todo el que nace.

Flavia ap. No sé el paradero... El dolor me ahoga!

Genaro ap. á Flavia. Antes de morir puso en mi mano un papel que te interesa mucho.

Flavia lo mismo. Descubre en él, acaso...

Genaro. Sí: luego hablarémos.

Flavia ap. Ya respiro!

Enrico. Quánto queria yo al buen Eugenio!

Genaro. Pobre Enrico!
Que noticia le espera!.. Norban, estás muy bueno.

Norban. Con vuestra vista, Señor, me pondré mejor.

Genaro. Nicolasa, nó me dices nada?

Nicolasa. Esó consiste, y es mucho para soldado, en que no entendeis el idioma de los ojos; pues con ellos os he dicho que salta mi corazon de la alegría que le ha causado vuestra presencia.

Genaro. Tu fineza agradezco. Y quién es esta señorita tan hermosa, que nunca ví en casa?

Marques. Es hija de ese pescador.

Milcon. Vuestro servidor, señor.

Genaro. Hija de un pescador? Pues tu fausto no manifiesta que eres hija de tal padre.

Nerina. Basta que lo asegure la persona. El vestido de los criados, dice quiénes son los amos. Mis amos y dueños son los Señores Marqueses, y quieren resplandezca en su echura, su manigficencia.

Genaro. Bien respondido: sobre hermosa, eres discreta.

Marques. Tal maestro ha tenido.

Genaro. Pues quién la ha enseñado?

Marques. Su padre, que aunque es gran pescador, es mayor filósofo.

Genaro. Tanto sabe?

Flavia. Mucho: pero sabe mas su hija.

Genaro. Mas?

Flavia. Sí, pues desde ayer, que los halló Enrico desmayados en la playa de resultas del naufragio que padeciéron, ha logrado agradarme en tales términos, que posee mi corazon, y no pienso se aparte de mi lado mientras viva.

Enrico ap. Para que Enrico no muera.

Genaro. Con que sois tan buen pescador?

Milcon. Ese es mi oficio.

Genaro. Nunca me gustó; y hoy, sin pensar en ello he pescado un pez que creo le conocerán muy pocos inteligentes.

Milcon. Pues tan raro es?

Genaro. Rarísimo. Te lo describiré prontamente. Es como de vara y quarta de largo, y media de ancho. No tiene cabeza, cola, aletas, ni escamas. La boca, es bien grande, y la tiene en la barriga. Por la parte exterior de ella, hay yerro, y en lo interior hay cosas que usamos los racionales. No puedo hacerte una pintura mas exâcta de su cuerpo.

Milcon. Confieso que no le conozco.

Marques. Ese será algun pez Diablo.

Enrico. Parece un enigma la pintura, que mi tio ha hecho.

Genaro. Con qué no sabes que pescado sea este?

Milcon. No lo alcanzo.

Genaro. Pues amigo, es una Maleta.

Flavia. Cómo? vna Maleta?

Genaro. Una Maleta que he pescado. Estaba á flor del agua.

Nerina con viveza. Padre, si será la nuestra?

Milcon. Lo he pensado. Podrémos ver esa Maleta, Señor?

Genaro. No tengo reparo. En el esquife está. Ola, conducid aquí la Maleta que pescamos.

Dos soldados van á la barca, figuran que hablan á los Marineros: éstos les dan la Maleto, y la conducen á Don Genaro.

Tiene su candado, y segun el tacto me manifestó, parece ropa lo que hay dentro.

Milcon. Algo mas hay en ella.

Genaro. Cómo lo sabes?

Milcon. Por que es mia sin duda.

Genaro. Tuya? Eso no, amigo. De lo que el mar arroja, solo es dueño el que lo encuentra. Yo se muy bien las leyes marítimas.

Milcon Si hay alguna, que así lo ordene, será una ley barbara. En qualquiera parte que se halle una alaja, reclama á su dueño. Tan elemento es el mar como el ayre: No es así.

Genaro. Esa es una verdad de bulto.

Milcon. Pues arrojad al ayre vuestro sombrero. Y si en el ayre yo le cojo, diré por eto qué es mio?

Marques. Aunque lo dixeras, la ley no lo permitiria.

Enrico. A lo mas á que se os puede obligar es, á que digais lo que contiene la Maleta en su seno; y si lo acertaseis, la Maleta es vuestra.

Genaro. Dice bien Enrico. Me conformo.

Llegan con la Maleta.

Milcon. Pues mia es, que ya la reconozco.

Genaro. Ponedla aquí. Si es tuya tendrás la llave de su candado?

Milcon. Esta es. (*La saca.*)

Flavia. Damela, Milcon.

Milcon. Tomad, Señora. (*Se la da.*)

Genaro. Qué he oido?... Espera, hermana... Milcon te llamas?

Milcon. Para serviros.

Genaro. Habitaste en los escollos Sicilianos?

Milcon. Algunos años.

Genaro. Y despues los abandonaste?

Milcon. Y ahora volvia á ellos.

Genaro con un impetu de alegría. Dame los brazos, buen Milcon. Qué encuentro tan feliz! Con que esta es tu hija?

Nerina. Para servir al Señor Capitan.

Milcon. Ygnoro quien sois.

Genaro. Hasta ahora jamas nos vimos. Pero soy feliz en haberte encontrado. Sí, muy feliz. Y algunos de los presentes lo serán tambien por este encuentro, sin embargo de que del resulte algun desgraciado. Ya hablaremos, querido Milcon.... Oh, que dichoso dia!

Flavia. Pero qué quieren decir esos misterios, hermano.

Genaro. A su tiempo se manifestarán. Abre la Maleta.

Marques ap. Que Diablos tendrá este encuentro, que sin conocer á Milcon, alegra tanto á mi cuñado.

Flavia. Con efecto, la llave es esta. Ya está abierta.

Enrico. Qué hay en la Maleta, Milcon?

Nerina. Dos guardapieses mios, algo mejores que este: uno color azul, y otro verde.

Flavia Aquí están Que miserables! *Los saca.*

Marques. Valientes muebles, para vestir á un Judas!

Nicolasa. Y son estos mejores que

ese de mi Señora.
Nerina. Para mí quién lo duda?
Nicolasa. Por qué?
Nerina. Ya tú lo has dicho. Por que este es de la Señora Marquesa. Quien de ageno se viste, en la calle le desnudan. Esos son mios y nadie me los puede quitar. Es mas agradable, Nicolasa, la casa pobre si es propia, que la rica agena.
Marques. Genaro, qué te parece esa sentencia?
Genaro. Es admirable!
Marques. Discípula de tal maestro.
Milcon. En un taleguito de lienzo...
Nerina. Bordado de estambres por estas manos....
Milcon. Hay dos mil pesos en oro.
Nicolasa. Caspita, y que golpe!
Milcon. Hay un legajo de cartas; y ciertas alajas.
Flavia. Este es. Estas alajas sé quien te las dió.
Milcon. Lo sabeis, Señora?.. Cómo?
Flavia. Ese Eugenio, que murió en brazos de mi hermano, te hizo dueño de ellas, y de ese dinero.
Milcon. Qué señas tenia ese Eugenio?
Genaro. Era alto, delgado, ojos negros, con un lunar poblado......
Milcon. En el carrillo derecho?
Genaro. Justamente.
Milcon. Estoy asombrado! Todo es cierto. Querido Eugenio!... Quánto siento tu muerte!
Nerina. Pero, señora, cómo sabeis eso?
Enrico ap. Qué podrá ser lo que veo me admira y no entiendo!
Flavia. Laura, tu buena Esposa, que en paz descanse....
Nerina. Tambien sabeis como se llamó mi amada madre?
Flavia. Tu madre!--- Ay Dios!
Genaro ap. Esto está ya descubierto. No debo ya callar mas. Milcon, conociste la letra de Eugenio?
Milcon. Entre esas cartas, hay algunas suyas.
Genaro saca un papel se le presenta y dice. Es esta su letra?
Milcon. La misma.
Genaro. Pues lee, que contigo habla.
Lee haciendo vivos extremos de sospresa y admiracion.
Milcon. Sueño ó delirio? Que es lo que me pasa... Nerina... Enrico... Pierdo el juicio! *ap.*
Genaro. Esa declaracion hizo y me entregó pocos momentos ántes de morir para que se pusiese remedio al daño, que se cometió.
Flavia. Yo le causé, y mi marido tuvo la culpa. Vuelvo al instante. *Vase.*
Marques. Yo tuve la culpa? Tambien danzo en la Maleta? Estoy por llamar á quien la conjure.
Enrico. Pero, tio, qué quiere decir todo esto, que sin saber por qué, nos tiene confundidos?
Marques. Sepamos que enredos son estos.
Sale Flavia con una carta.
Flavia. Ahora se correrá el velo á tantos misterios. Toma, Milcon, conoces esa letra?
Milcon viendola con asombro. No he de conocerla, si es de mi difunta Laura!
Flavia. Haste cargo de su contenido.
Milcon despues de haber leido. El acaba de completar mi sorpresa!
Marques. Milcon, desata estas dudas: manifiesta los arcános que ocultaba esa maldita Maleta.
Milcon. Señor Marques, si estais asombrado, yo me hallo confundido.
Genaro. Para quitar de un golpe lo uno y lo otro, Nerina, abraza á tus padres, que son los Marqueses; y tú, Enrico, al tuyo, que es Milcon.
Marques. Mi hija, Nerina? Cómo?
Enrico. Qué he oido, cielos!
Flavia. Nuestra hija es, no lo dudes.
Nerina. Yo su hija?--- A hablar no acierto!
Norban. Qué embrollo tan inesperado!
Nicolasa. El Diablo es la Maleta?

Flavia. Temerosa yo de las amenazas que me hiciste si á mi tercer embarazo paria hembra, como habia acontecido en los dos anteriores, y siendolo igualmente lo que dí á luz en este, me valí de Eugenio, y cambió nuestra hija por Enrico, consintiendolo Laura, su madre, sin noticia de su padre Milcon, con el fin de que su hijo tuviese distinta fortuna de la que podia esperar al lado de sus padres. Así lo confiesa ella misma en esa carta que he dado á Milcon.

Genaro. Y lo mismo jura y declara Eugenio en el papel que le he entregado.

Milcon. Así lo dice ella, y así lo comprueba él.

Flavia. Laura me ofreció, que siempre me guardaria este secreto, y lo cumplió tan exâctamente, que ni aun á su marido se le reveló, como hay lo asegura.

Milcon. Y es verdad. Yo hice un viaje largo, la dexé embarazada, y á mi regreso hallé y tuve por mi hija á Nerina. La educamos de modo, que en ella ha resplandecido siempre la inocencia. Eugenio nos hacia visitas freqüentes, por vivir él tan cerca de nosotros entónces.

Flavia. Todas esas visitas fuéron de mi órden.

Milcon. Queria mucho á Nerina, y dixo, que poco á poco la iria formando un dote regular para que á su tiempo tomase el estado á que se inclinase. Lo cumplió religiosamente dando á mi Esposa en varias ocasiones la cantidad referida guardada por mi y por ella como una cosa sagrada.

Flavia. Todo se lo dí, para que asistiese á Nerina; cuyo verdadero nombre es Genara, como declara Laura tu muger.

Milc. Y Eugenio asegura aquí lo mismo.

Milcon. Ved la letra de Eugenio, y leed las dos cartas, Señor Marques. *Se las da.*

Marques despues de haber leido una y otra. Esta es la letra de Eugenio: la conozco como la mia. Contextan en todo. Esta prueba, si juridicamente se hiciese, se llamaria irrefragable. Nadie puede oponerse á ella. Abraza á tu padre hija mia.

Flavia. Tambien á tu madre.

Nerina. Padre de mi alma!—— Madre de mi corazon! *Abrazandolos.*

Los dos. Hija querida!

Milcon. Enrico, no reconoces ni abrazas á tu padre?

Enrico. Y con que gusto, señor! Ya la Naturaleza me habia dado indicios vehementes de que era filial el amor que os cobré desde el instante que os ví. Si pierdo una cuna ilustre, la virtud sabe formarla mejor.

Milcon. El Baron de Piñalazzi, que eres tú, Enrico, como hijo de Guillermo Piñalazzi, puede dar nobleza á todo el mundo.

Enrico. Qué decis, padre mio?

Genaro. Guillermo Piñalazi? Dónde está este caballero?

Milcon Dónde está Milcon, por que es uno y otro. En la Maleta exîste la executoria de mi ilustrísima Casa.

Marques. Todavia hay duendes en la Maleta?

Genaro. Qué fortuna tan inesperada! Si como Milcon me admirasteis, como Guillermo Piñalazzi, quisiera introduciros en mi corazon. Sois, Señor, aquel valeroso Capitan, cuyas gloriosas hazañas, le reputaron por Heroe? Sois el que temiendo el enojo del Soberano estuvisteis oculto en la casa de mi padre y vuestro mayor

amigo el Conde Barberini?

Milcon sorprendido de gozo. Qué oigo! Sois hijo de tal padre y mi Señora la Marquesa! Ya soy feliz con tan agradable descubrimiento! Si señor, estube oculto algunos dias en casa de vuestro padre, y mi mas querido amigo. Y dexandole encargada mi justificacion con el Rey, y que bajo de otro nombre me avisase de quanto ocurriese, me retiré disfrado á Liorna; dónde, entre otras cartas suyas, que están en aquel legajo, recibí la última, dandome en ella la infausta noticia de haberme sentenciado á muerte, pribando á mi persona de los honores y bienes que obtenia, pero no sus derechos á ellos á mis lexítimos herederos, y ordenando, pena de muerte, que nadie me fevoreciese ni ocultase. Al instante pasé y me establecí en los Escollos Sicilianos como pescador. Me casé con una pobre honrada nacida en ellos, llamada Laura. Despues me trasladé á Licós secretamente y esta fué la causa de que Eugenio no volviese á verme. Así he vivido veinte años de todos ignorado; pero de ninguno perseguido. Este he sido, este soy, y mi delito el odio de mis enemigos.

Marques. Hay mas encantos en el seno del pez Maleta?

Genaro. Ahun falta lo mas interesante. Cumpliendo mi buen padre con todos los deberes de la amistad, no tuvo sosiego hasta que consiguió de nuestro clemente soberano vuestro Indulto. Y quántas diligencias hizo por descubriros! Pero todas en vano. Llegó el plazo señalado á sus dias, y ántes de morir me entregó el real Indulto, encargandome os buscase, y en vuestra mano le pusiese. Hice lo primero para acreditar lo segundo: pero sin efecto. Y hoy la Providencia permite os halle sin solicitarlo. Aquí teneis el Real Indulto. Todos vuestros honores, rentas y Mayorazgos se os devuelven. El Rey desea veros.

Milcon. Digno mortal, verdadero imitador de las glorias de vuestro excelente padre, volved á mis brazos para rejuvenecerme en los vuestros.

Genaro. Yo dichoso en ellos.

Marques. Y los demas empezarémos á serlo solemnizando las dichas del Señor Guillermo Piñalazzi, gloria de nuestro siglo. Enrico..... Me equivoqué. Señor Baron de Piñalazi.

Milcon. Responde, que contigo habla.

Enrico. El júvilo que respiro, arrebata á mis labios los acentos. Pero.... qué mandais, Señor?

Marques. Que des un abrazo á tu madre politica, porque su hija ha de ser tu Esposa.

Enrico. Si lo permitís, Señora.....

Flavia. Con toda el alma. Si comó á hijo no te queria, por que sabia que no lo eras, como á yerno te amaré. Abraza al Marques.

Marques. Sí, ven, que yo te quise y te querré siempre. Dá la mano de Esposo á Nerina, á Genara, á mi hija, pues todo esto parece que es.

Enrico. Jamás sereis obedecido de mi con tanto gusto.

Nerina. La mia la recive con el mismo, y con este abrazo te doy el alma. Ahora si, madre mia que se acaba de perfeccionar vuestra obra; pues un digno esposo dará á vuestra hija mas instruccion, que el Forte-piano,

Todos. Y pues la Maleta encierra tantas dichas, aplaudid la Maleta.

F I N.